

MELÉNDEZ VALDÉS, JUAN (1754-1817)

ODAS FILOSÓFICAS Y SAGRADAS

ÍNDICE:

ODA I

El invierno es el tiempo de la meditación

ODA II

La presencia de Dios

ODA III

A la verdad

ODA IV

La gloria de las artes

ODA V

De la verdadera paz

Al Mtro. Fr. Diego González

ODA VI

Al sol

ODA VII

La noche de invierno

ODA VIII

El deseo de Gloria

En los profesores de las Artes

ODA IX

Prosperidad aparente de los malos

ODA X

El fanatismo

ODA XI

A la luna

ODA XII

La visión de Amor

ODA XIII

Canción erótica pastoril

ODA XIV

A Filis, en el día de sus años

ODA XV

Al Amor, confesándose rendido

ODA XVI

Diálogo - La reconciliación

ODA XVII

Filis rendida

ODA XVIII

En los días de Filis

ODA XIX

Desdén injusto

ODA XX

Dulcísimo señora

ODA XXI

Ay. Clores, si mi llanto

ODA XXII

Ya siento, alado niño, que me amparas

ODA XXIII

Ay, cómo el palomillo enamorado

ODA XXIV

Respuesta a la vida de Jovino por el zagal Batilo, con alguna noticia de la suya

ODA XXV

A los dichosísimos días de doña María Andrea de Coca

ODA XXVI

A Ciparis, en el día de sus años

ODA XXVII

Llorad, llorad

ODA XXVIII

Cuando te peinas, Lálagas divina

ODA XXIX

Ay, enemiga mía, engañadora

ODA XXX

Y que tú, mi señora

ODA XXXI

En una ausencia

ODA XXXII

*Al señor don Gaspar de Jovellanos, oidor de la Real Audiencia de Sevilla y nombrado
Alcalde de Corte*

ODA XXXIII

*Al Excmo. señor don Eugenio Llaguno y Amírola, mi amigo, en su promoción al Supremo
Consejo de Estado*

ODA XXXIV

Al sabio

ODA XXXV

A la guerra

ODA XXXVI

Al rey

ODA XXXVII

España a su rey don José Napoleón I, en su feliz vuelta de Francia

ODA XXXVIII

En los dichosos días del Excmo. señor don Miguel José de Azanza, mi amigo

ODA I

*Est quodam prodire tenus, si non datur ultra.
—Horat.*

El invierno es el tiempo de la meditación

Salud, lúgubres días, horrorosos
Aquilones, salud. El triste invierno
En ceñudo semblante
Y entre velos nublosos
Ya el mundo rinde a su áspero gobierno
Con mano asoladora: el sol radiante
Del hielo penetrante
Huye, que embarga con su punta aguda
A mis nervios la acción, mientras la tierra
Yerta enmudece, y déxala desnuda
Del cierzo alado la implacable guerra.

Falsos deseos, júbilos mentidos,
Lejos, lejos de mí: cansada el alma
De ansiaros días tantos
Entre dolor perdidos,
Halló al cabo feliz su dulce calma.
A la penada queja y largos llantos
Los olvidados cantos
Suceden; y la mente que no vía
Sino sueños fantásticos, ahincada
Corre a ti, o celestial filosofía,
Y en el retiro y soledad se agrada.

¡Ah! ¡como en paz, ya rotas las cadenas,
De mi estancia solícito contemplo
Los míseros mortales,
Y sus gozos y penas!
Quien trepa insano de la gloria al templo;
Quien guarda en su tesoro eternos males;
Con ansías infernales
Quien ve a su hermano y su felice suerte,
Y entre pérfidos brazos le acaricia;
O en el lazo fatal cae de la muerte,
Que en doble faz le tiende la malicia.

Pocos sí, pocos, o virtud gloriosa,
Siguen la áspera senda que a la cumbre
De tu alto templo guía.
Siempre la faz llorosa
Y el alma en congojosa pesadumbre,
Ciegos hollar con mísera porfía
Queremos la ancha vía
Del engaño falaz; allí anhelamos

Hallar el almo bien a que nacemos,
Y al ver que espinas solas abrazamos,
En inútiles quejas nos perdernos.

El tiempo en tanto en vuelo arrebatado
Sobre nuestras cabezas precipita
Los años, y de nieve
Su cabello dorado
Cubre implacable, y el vigor marchita
Con que a brillar un día la flor breve
De juventud se atreve.
La muerte en pos, la muerte en su ominoso
Fúnebre manto la vejez helada
Envuelve, y al sepulcro pavoroso
Se despeña con ella despiadada.

Así el hombre infeliz que en loco anhelo
Rey de la tierra se creyó, fenece;
En un fugaz instante
El que el inmenso cielo
Cruzó en alas de fuego, desaparece
Qual relámpago súbito brillante,
Que al triste caminante
Deslumbra a un tiempo y en tinieblas dexa.
Un día, un hora, un punto que ha alentado,
Del raudal de la vida ya se aleja,
Y corre hacia la nada arrebatado.

¡Mas que mucho! si en torno de esta nada
Todos los seres giran. Todos nacen
Para morir: un día
De existencia prestada
Duran, y a otros ya jugar les hacen.
Sigue al sol rubio la tiniebla fría:
En pos la lozanía
De genial primavera el inflamado
Julio, asolando sus divinas flores;
Y al rico octubre de uvas coronado,
Tus vientos o diciembre, bramadores,

Que despeñados con rabiosa saña,
En silbo horrible derrocar intentan
De su asiento inmutable
La enriscada montaña,
Y entre sus robles su furor ostentan.
Gime el desnudo bosque al implacable

Choque, y vuelve espantable
El eco triste el desigual estruendo:
Dudando el alma de congojas llena,
Tanto desastre y confusión sintiendo,
Si el Dios del mal el mundo desordena.

Porque todo fallece y desolado
Sin vida ni acción yace. Aquel hojoso
Árbol, que antes al cielo
De verdor coronado
Se elevaba en pirámide pomposo,
Hoy ve aterido en lastimado duelo
Sus galas por el suelo:
Las fértiles llanuras de doradas
Mieses antes cubiertas, desaparecen
En abismos de lluvias inundadas,
Con que soberbios los torrentes crecen.

Los animales tímidos huyendo
Buscan las hondas grutas: yace el mundo
En silencio medroso,
O con chillido horrendo
Solo algún ave fúnebre el profundo
Duelo interrumpe y eternal reposo.
El cielo que lumbroso
Extática la mente entretenía,
Entre importunas nieblas encerrado,
Niega su albor al desmayado día,
De nubes en la noche empavesado.

¿Qué es esto, santo Dios? ¿tu protectora
Diestra apartas del orbe? ¿o su ruina
Anticipar intentas?
¿La raza pecadora
Agotar pudo tu bondad divina?
¿Así solo apiadado la amedrentas?
¿O tu poder ostentas
A su azorada vista? tú que puedes
A los astros sin fin que el cielo giran
Por su nombre llamar, y al sol concedes
Su trono de oro, si ellos se retiran.

Mas no, padre solícito; yo admiro
Tu infinita bondad: de este desorden
De la naturaleza,
Del alternado giro

Del tiempo volador nacer el orden
Haces del universo y la belleza.
De tu saber la alteza
Lo quiso así mandar: siempre florido,
No a sus seres sin número daría
Sustento el suelo; en nieves sumergido,
La vital llama al fin se apagaría.

Esta constante variedad sustenta
Tu gran obra, señor: la lluvia, el hielo,
El ardor congojoso
Con que el Can desalienta
La tierra, del favonio el suave vuelo
Y del trueno el estruendo pavoroso,
De un modo portentoso
Todos al bien concurren: tú has podido
Sabio acordarlos, y en vigor perene,
De implacables contrarios combatido,
Eterno empero el orbe se mantiene.

Tú, tú a ordenar bastaste que el ligero
Viento que hierre horrísono volando
Mi tranquila morada,
Y el nudoso aguacero
Que baxa entre él las tierras anegando,
Al julio adornen de su mies dorada.
Así su saña ayrada
Grato el oído atiende, y en sublime
Meditación el ánimo embebido,
A par que el huracán fragoso gime,
Se inunda el pecho en gozo más cumplido.

Tu rayo, celestial filosofía,
Me alumbra en el abismo misterioso,
De maravilla tanta:
Muéstrame la armonía
De este gran todo y su orden milagroso;
Y plácido en tus alas me levanta
Do extática se encanta
La inquieta vista en el inmenso cielo.
Allí en su luz clarísima embriagado
Hallaré el bien, que en el lloroso suelo
Busqué ciego, de sombras fascinado.

ODA II

La presencia de Dios

Do quiera que los ojos
Inquieto torno en cuidadoso anhelo,
Allí, gran Dios, presente
Atónito mi espíritu, te siente.

Allí estás, y llenando
La inmensa creación, so el alto empíreo
Velado en luz te asientas,
Y tu gloria inefable a un tiempo ostentas,

La humilde yerbecilla
Que huelo, el monte que de eterna nieve
Cubierto se levanta,
Y esconde en el abismo su honda planta;

El aura que en las hojas
Con leve pluma susurrante juega,
Y el sol que en la alta cima
Del cielo ardiendo el universo anima;

Me claman, que en la llama
Brillas del sol: que sobre el raudo viento
Con ala voladora
Cruzas del occidente hasta la aurora;

Y que el monte encumbrado
Te ofrece un trono en su nevada cima,
Y la yerbecilla crece
Por tu soplo vivifico y florece.

Tu inmensidad lo llena
Todo, señor, y más; del invisible
Insecto al elefante,
Del átomo al cometa rutilante.

Tú a la tiniebla oscura
Das su pardo capuz, y el sutil velo
A la alegre mañana,
Sus huellas matizando de oro y grana.

Y quando primavera
Desciende al ancho mundo, afable ríes

Entre sus gayas flores,
Y te aspiro en sus plácidos olores.

Y quando el inflamado
Sirio más arde en congojosos fuegos,
Tú las llenas espigas
Volando mueves y su ardor mitigas.

Si entonces al bosque umbrío
Corro, en su sombra estás, y allí atesoras
El frescor regalado,
Blando alivio a mi espíritu cansado.

Un religioso miedo
Mi pecho turba, y una voz me grita:
En este misterioso
Silencio mora, adórale humildoso.

Pero a par en las ondas
Te hallo del hondo mar. los vientos llamas,
y a su saña lo entregas;
O si te place, su furor sosiegas.

Por do quiera infinito
Te encuentro y siento; en el florido prado
Y en el luciente velo
Con que tu umbrosa noche entolda el cielo.

Que del átomo eres
El Dios, y el Dios del sol del gusanillo
Que en el vil lodo mora
Y el ángel puro que tu lumbre adora.

Igual sus himnos oyes,
Y oyes mi humilde voz, de la cordera
El plácido balido,
Y del león el hórrido rugido,

Y a todos dadivoso
Acorres, Dios inmenso, en todas partes
Y por siempre presente.
¡Ay! oye a un hijo en su rogar ferviente.

Óyele blando y mira
Mi deleznable ser: dignos mis pasos
De tu presencia, sean,

Y do quier tu deidad mis ojos vean.

Hinche el corazón mío.
De un ardor celestial, que a quanto existe
Como tú se derrame,
Y, o Dios de amor, en tu universo te ame.

Todos tus hijos somos:
El tártaro, el lapón, el indio rudo,
El tostado africano
Es un hombre, es tu imagen, y es mi hermano.

ODA III

A la verdad

Ven, mueve el labio mío,
Angélica verdad, prole dichosa
Del alto cielo, y con tu luz gloriosa
Mi espíritu ilumina.
Huya el error impío,
Haya a tu voz divina,
Qual se despeña la tiniebla obscura
Del albo día ante la llama pura.

No desdeñes mi ruego
Que hasta aquí siempre cariñosa oíste,
Tú, que mi númen soberano fuiste
Y encanto delicioso;
Que deslumbrado y ciego
Se lanza presuroso
Del pestilente vicio en la ancha vía
El mortal triste, a quien tu luz no guía.

Mas aquel que clemente
Miras con blanda faz, en su belleza
Absorto alzarse a tu inefable alteza
Ansia con feliz vuelo;
Y hollando osadamente
Quanto el mísero suelo
Mentido bien solícito atesora,
Su ilusión ríe y tu deidad adora.

Tu deidad, que tremenda

La mente turba del feroz tirano,
Y hace que el grito que su orgullo insano
Arranca al oprimido,
Espavorida atiende
Su oreja entre el lucido
Estrépito en que el aula le adormece,
Y un vil incienso por doquier le ofrece:

Mientras con amorosa
Plácida diestra de los tristes ojos
Limpia el llanto, y calma los enojos
Del infeliz oprimido,
Aliviando ofendida
El rudo indigno peso
Que pesa la inocente planta;
Que a Dios su ánimo libre se levanta.

Ven pues, o deidad bella;
Fácil desciende del excelso cielo,
Do te acogiste abandonado el suelo
Con vicios mil manchado.
Y qual radiante estrella
Conduce al engañado
Mortal: tu luz su espíritu ilumine,
Y el orbe entero a tu fulgor se incline.

Yo en tu gloria embebido
Siempre te aclamaré con frente osada,
Y a tu culto la lengua consagrada
En mi constante seno
Un templo te he erigido,
Do de tu númen lleno
Te adoro, alma verdad, libre si obscuro;
Mas de vil miedo y de ambición seguro.

Por ti quanto en su inestable
Inmensidad el universo ostenta,
O al Altísimo en gloria se presenta,
Como posible existe;
Que en su mente inefable
Tú el prototipo fuiste,
A cuya norma celestial reduxo
Quanto después su infinidad produjo.

Y eterna precediendo
Del tiempo el vuelo rápido inconstante,

Mientras se pierde el orbe en incesante
Deleznable ruina,
Por ti propia existiendo,
Ante tu luz divina
Al sistema falaz el velo alzado,
Y al error ves qual niebla disipado.

Y centro irresistible
Del humanal deseo, quanto hallara
Sagaz en la ancha tierra y en la clara
Región del alto cielo
Su tesón invencible,
Todo al ferviente anhelo
Lo debe, o pura luz, con que la mente
Te busca inquieta y tus encantos siente.

En ellos embebido
A Siracusa el griego a saco entrada
No ve, herido de la atroz espada
Da su vida gloriosa;
Y el gran Neuton subido
A la mansión lumbrosa,
Qual Genio alado tras los astros vuela,
Y al mundo absorto la atracción revela.

¡O augusta firme amiga
De la excelsa virtud! tú al sabio obscuro
Que adora de tu faz el lampo puro,
Cariñosa sostienes
En la ilustre fatiga:
Sus veneradas sienas
De inmortal lauro ciñes, y su gloria
Durar haces del tiempo en la memoria:

O si el triste nublado
De la persecución hórrido truena,
Tú le confortas, y su faz serena
Escucha el alarido
Del vulgo fascinado,
Contra sí embravecido;
O a la infame venganza que maquina
En las tinieblas su fatal ruina.

Así en plácida frente
Pudo el divino Sócrates mostrarse
Al frenético pueblo, y entregarse

A sus perseguidores;
Que la copa inclemente
Le ornaste tú de flores,
Y en su inocente diestra la pusiste,
Y en néctar la cicuta convertiste.

Mártir él generoso
De tu excelsa deidad así decía
El tósigo mirando: vendrá un día
Que útil al mundo sea
Mi suplicio afrentoso,
Y la verdad se vea
Con el gran Dios de todos acatada,
La vil superstición por tierra hollada.

Del punto que propuse
Impávido anunciarla, el error fiero
Alzar contra mi pecho su impío acero
Vi con diestra ominosa:
A morir me dispuse
En la empresa gloriosa;
Dócil mas firme abrazo las cadenas,
Con que hoy me oprime la engañada Atenas.

Si Anito me persigue,
Le perdono y al crédulo Areopago,
Y muriendo a la patria satisfago
El feudo que la debo.
Hoy mi virtud consigue
Su prez: el cáliz bebo
Con que me brinda el fanatismo impío,
Y ¡o ser eterno! en tu bondad confío.

Así dixera el sabio,
Y el tósigo letal tranquilo apura.
Inmóvil le contempla en su amargura
Phedon; Cébes y Crito
Con desmayado labio
Gimen; al vil Melito
Critóbulo maldice ciego de ira;
Y él en los brazos de Platón espira.

Qual la encendida frente
Hunde escondido en nubes nacaradas
En las sonantes ondas, recamadas
De sus rubios ardores,

El sol resplandeciente;
En pálidos fulgores
Fallece el día, y su enlutado velo
La noche tiende por el ancho cielo.

ODA IV

La gloria de las artes

¿Adónde incauto desde el ancha vega
Del claro Tormes, que con onda pura
Y paso sosegado
De OTEA el valle fertiliza y riega,
Hoy el númen procura
Su vuelo levantar? ¿De qué sagrado
Espíritu inflamado,
Dexando ya a los tímidos pastores
El humilde rabel, canta atrevido
La gloria de las Artes, sus primores,
Y de la patria el nombre esclarecido?

Qual el ave de Jove, que saliendo
Inexperta del nido en la vacía
Región desplegar osa
La alas voladoras, no sabiendo
La fuerza que la guía,
Y hora vaga atrevida, hora medrosa,
Hora más orgullosa
Sobre las altas cimas se levanta,
Tronar siente a sus pies la nube obscura,
Y el rayo abrasador ya no la espanta,
Al cielo remontándose segura;

Entonces el pecho generoso, herido
De miedo y alborozo, ufano late;
Riza su cuello el viento,
Que en cambiantes de luz brilla encendido;
El ojo audaz combate
Derecho el claro sol, le mira atento,
Y en su heroyco ardimiento
La vista vuelve, a contemplar se para
La baxa tierra, y con acentos graves
Su triunfo engrandeciendo, se declara
Reyna del vago viento y de las aves:

Yo así saliendo mi humilde suelo
En día tan alegre y venturoso
A gloria no esperada,
Dudo, temo, me inflamo y alzo el vuelo,
Do el afán generoso
Al premio corre y afortunada.
Palma, que colocada
Al pie de la Verdad y la Belleza,
Quien de divino genio conducido
Consigue arrebatarla, a ser empieza
En fama claro y libre ya de olvido;

Al modo que en la olímpica victoria
El vencedor en la feliz carrera
La ilustre sien ceñía
Del ínclito laurel, y su memoria
Eterna después era.
Mas tú la voz plácida armonía,
Noble Academia, guía,

Mi verso al cielo cristalino alzando
¡Felice yo! si tu favor consigo,
Y el dulce plectro de marfil sonando
Las Artes canto tras mi dulce amigo.

Desde estos lares, su palacio augusto,
Qual vivaz fénix renacer las veo
Del hondo y largo olvido,
En que la Iberia con desdén injusto
Vio un tiempo su alto empleo.
¡O nombre de Borbón esclarecido!

A ti fue concedido
Las Artes restaurar: con tus favores
A nueva gloria y esplendor tornaron
La Fama resonó de sus loores,
Y los cisnes de Mantua las cantaron.

Ellas alegres en unión amiga
La frente levantaron con ardiente
Afán, hasta encumbrarse
A la ideal belleza. A su fatiga
Cede el bronce obediente,
Y el mármol del cincel siente animarse;

Tus seres mejorarse,
¡O natura! en el lienzo trasladados
El carmín puro de la fresca rosa,
Los matices del iris variados,
El triste lirio y la azucena hermosa.

¡O divina pintura, ilusión grata
De los ojos y el alma! ¿de qué vena
Sacas el colorido
Que al alba el velo cándido retrata,
Quando asoma serena

Por el oriente en rayos encendido?
¿Cómo el cristal bruñido,
Finges de la risueña fuentecilla?
¿De los alegres prados la verdura?
¿Tanta varia y fragante florecilla?

¿El rutilante sol y la nube oscura?
¿Cómo en un plano inmensos horizontes,
La atmósfera bañada de alba lumbre,
Serenos y puro el cielo,
La sombra oscura de los pardos montes,
Nevada la alta cumbre,

La augusta noche y su estrellado velo,
Del ave el raudo vuelo,
El ambiente, la niebla, el polvo leve,
Tu mágico poder tan bien remeda,
Que a competir con la verdad se atreve,
Y el alma enagenada en ellos queda?

Tú de la dulce poesía hermana,
Qual ella el pecho blandamente agitas,
Y en amoroso fuego
Con tu expresión y gracia soberana
Le enciendes, o le excitas
A tierna compasión, a rencor ciego,

A desmayado ruego
Y amargo lloro. ¡O Sancho! ¡o! ¡tu admirable
Pincel qual ha mi espíritu movido!
¡O! ¡al contemplar tu Virgen adorable
En su extremo dolor, quanto he gemido!

La dolorida madre arrodillada

Piedad pide a los bárbaros sayones
Para el hijo postrado.
Su rostro está qual la azucena ajada;
Sus humildes razones
Resuenan en mi oído: ¡ay! ¡quan sagrado

Aspecto, aunque ultrajado,
El del hijo de Dios! ¡qual la ternura
De Magdalena y Juan! ¡qual la fiereza
Del que herirte, o Jesús, brutal procura!
¡Y en tu celestial mano que belleza!

¡O pinceles! ¡o alteza peregrina
Del grande Rafael! ¡o bienhadada
Edad, en que hasta el cielo
En alas del ingenio la divina
Invención se vio alzada!
Quando su alma sublime el denso velo

Corrió con noble anhelo
De la naturaleza, y vio pasmado
El hombre ante sus ojos reverente
El universo estar, y hermoseado
De su mano salir y augusta mente.

Admira, o hombre, tu grandeza, admira
Tu espíritu creador, y a la estrellada
Mansión vuela seguro
Donde tu aliento celestial suspira:
La mente allí inflamada
Cruza con presto giro del arturo

A do tiene el sol puro
Su rutilante trono; y con brioso
Pincel, guiado de furor divino,
Copia el concentero raudo y armonioso
Con que se vuelve el orbe cristalino.

Que no tú sola, o música, el ruido
Finges del arroyuelo transparente,
O imitas las undosas
Corrientes de la mar, o el alarido
Del soldado valiente
En las lides de Marte sanguinosas.

No menos pavorosas,

O fiero Julio, en tu batalla(7) siento
Cruxir las roncadas armas y la fiera
Trompa, estrépito, gritos y ardimiento,
Que si en el medio de su horror me viera.

¿Pues que, si entre los vientos bramadores
Nave de ayradas olas combatida
Diestro pincel me ofrece?
Yo escucho el alarido y los clamores
De la chusma afligida.
Y si de Dios los cielos estremece

El carro, y se enardece
Su cólera, y el trueno en son horrendo
Retumba por la nube pavorosa,
De la pálida luz y el ronco estruendo
Mi vista siente la impresión medrosa.

Pero el mármol se anima, del agudo
Cinzel herido, y a mis ojos veo
A Laocoon(8) cercado
De silbadoras sierpes: en su crudo
Dolor escuchar creo
Los gemidos del pecho congojado,

Y al aspirar alzado.
Los hórridos dragones con ñudosos
Cercos le estrechan, y su mano fuerte
En vano de sus cuerpos sanguinosos
Librarse anhela y redimir la muerte.

¡Mira como en su angustia el sufrimiento
Los músculos abulta, y qual violenta
Los nervios extendidos!
¡Qual sume el vientre el comprimido aliento,
Y la ancha espalda aumenta!
Y en el cielo los ojos doloridos,

Por sus hijos queridos
¡Ay! ¡quan tarde su auxilio está implorando!
En tan terrible afán aun la ternura
Sobre el semblante paternal mostrando,
Qual débil luz por entre niebla oscura.

Ellos a él vueltos con la faz llorosa
Y débil gesto al miserable llaman

En quejido doliente,
Rodeados de lazada ponzoñosa.
¡O! ¡quan en vano claman!
¡O! ¡como el padre por los tristes siente!

¡Y qual muestra en su frente
La fortaleza y el dolor luchando,
Y con las sierpes en batalla fiera,
Sus vigorosos muslos agitando
Los fuertes lazos sacudir quisiera!

Mientras en Apolo(9) la beldad divina
Se ve grata animar un cuerpo hermoso,
Do la flaqueza humana
Jamás cabida halló. Su peregrina
Forma y el vigoroso
Talle en la flor de juventud lozana,

Su vista alta y ufana,
De noble orgullo y menosprecio llena,
El triunfo y el esfuerzo sobrehumano
Muestran de Dios, que en actitud serena
Tiende la firme omnipotente mano.

Parece en la soberbia excelsa frente
Lleno de complacencia victoriosa
Y de dulce contento,
Qual si el coro de Masas blandamente
Le halagara; la hermosa
Nariz hinchada del altivo aliento;

Libre el pie, en firme asiento,
Ostentando gallarda gentileza;
Y como que de vida se derrama
Un soplo celestial por su belleza,
Que alicata el mármol y su hielo inflama.

Ni el lugar merecido a ti, o divina
Venus(10), tampoco faltará en mi canto;
¡Ay! ¡do fuiste formada!
¡Quien ideó tu gracia peregrina!
Tu tierno y dulce encanto
Al ánimo enagena en regalada

Suspensión; tu delgada
Tez excede a la cándida azucena

Quando acaba de abrir; tu cuello erguido
Al labrado marfil; la alta y serena
Frente al sol claro en el zenit subido.

¡O reyna de las Gracias, blanda Diosa
De la paz y el contento, apasionada
Madre del niño alado!
Tus soberanos ojos de amorosa
Ternura, tu preciada
Boca do ríe el beso delicado,

Tu donayre, tu grado,
Tu suave expresión, tus formas bellas
Del suelo me enagenan: yo me olvido,
Y de cincel en ti no hallando huellas,
Absorto caygo ante tus pies rendido.

Tan divinos modelos noche y día
Contempla atenta, o juventud hispana,
Y el pecho así excitado,
La senda estrecha que a la gloria guía,
Emprende alegre, ufana.
El genio creador vaya a tu lado:

Aquel que al cielo alzado
Huye lo popular, qual garza hermosa,
Quando del suelo rápida se aleja,
Al firmamento se levanta ayrosa,
Y el vulgo de las aves atrás dexa.

¡O venturoso, el que en las Artes siente
Propicio al cielo, que al nacer le infunde
Su vivífica llama!
Dadme, Musas, guirnalda floreciente
Que su frente circunde;
Mientras el pecho latiéndose se inflama

De noble ardor, exclama
Desvelado en su afán, no halla reposo
Al inquieto furor, teme, suspira
De un número lleno, y con pincel fogoso
Odio, miedo, terror y amor me inspira.

Quizá algún joven al mirar la gloria
De tan augusto día, y de mi canto
Quizá también herido,

Se excita ya a la próxima victoria;
No la duda, y en llanto
Se baila de placer. ¡O esclarecido

Premio, muy más subido
Que el tesoro más rico! quien merece
Que tú le enxuges el sudor dichoso,
Inmortal vuela por el orbe, y crece
En cada edad con nombre más famoso.

Así Phydias, Lisipo, Apéles viven
En eterna memoria; así la rara
Fama de Zéuxis dura;
Y el grande Urbino y Michael reciben,
Qual ellos honra clara.
Ni a ti, o Velázquez, en tiniebla obscura

Sumió la muerte dura.
Sus huellas, noble juventud, sus huellas
Sigue; imítalos, insta, y denodada
Hiere con alta frente las estrellas,
En sus divinas obras inflamada.

Mas de las Musas y el crinado Apolo
Oye también la celestial doctrina,
Que a Phydias dio el modelo
El cantor Frigio del que el alto polo
Conturba, su divina
Frente moviendo, y estremece el suelo.

Y no en torpe desvelo
Al vicio el pincel desee la virtud santa,
O artistas, retratad, y disfamado
El vicio huirá con vergonzosa planta,
Qual sombra triste al resplandor sagrado.

Y los que de la noble arquitectura
La ardua senda seguís, los cuidadosos
Ojos volved de contino
A la augusta grandeza y hermosura
De los restos preciosos,
Que del griego poder y del latino

Guardar plugo al destino.
Allí estudiad la magestad suntuosa,
Sólida proporción, sencilla idea,

Que a Herrera hicieron claro, y su dichosa
Edad de nuevo amanecer se vea.

Mas tú en quien Carlos de la patria fía
La suerte y el honor, o esclarecido
Conde, escucha oficioso
Lo que me inspira el cielo en este día.
Si de ti protegido
Sigue el genio español, si el lauro honroso

En su afán generoso
Galardón fuere que al artista anime,
Ni envidiaremos la Piedad toscana,
Ni tus Estancias(12) Rafael sublime,
Ni la soberbia mole vaticana.

Feliz entonces el pincel íbero
Del Gran Carlos la imagen gloriosa
Copiará reverente,
Y al príncipe brillando qual lucero
A par su augusta esposa.

Brille el valor impreso en su alta frente,
Y el consejo prudente;
Las gracias todas en la amable Luisa,
Y en el real pimpollo ¡ay! el consuelo
De dos mundos, la paz y tierna risa
Con que recrea al venerable abuelo.

ODA V.

De la verdadera paz

(Al Mtro. Fr. Diego González)

Delio, quantos al cielo
Importunan con súplicas, bañando
En lloro amargo el suelo,
Van dulce paz buscando,
Y a Dios la están contino demandando.

Las manos extendidas
En su hogar pobre el labrador la implora,
Y entre las combatidas

Olas de la sonora
Mar la demanda el mercader que llora.

¿Por qué el feroz soldado
Rompiendo el fuerte muro, a muerte dura
Pone su pecho osado?
¡Ay Delio! así asegura
El ocio blando que la paz procura.

Todos la paz desean,
Todos se afanan en buscarla y gimen
Mas por artes que emplean,
Las ansias no redimen
Que el apenado corazón comprimen.

Porque no el verdadero
Descanso hallarse puede ni en el oro,
Ni en el rico granero,
Ni en el eco sonoro
Del bélico clarín, causa de lloro;

Sino sólo en la pura
Conciencia, de esperanzas y temores
Altamente segura,
Que ni bienes mayores
Anhela, ni del aula los favores;

Mas consigo contenta
En grata y no envidiada medianía,
A su deber atenta,
Sólo en el Señor fía,
Y veces mil lo ensalza cada día.

Ya si de nieve y grana
Pintando asoma el sonrosado oriente
La risueña mañana,
Ya si en su trono ardiente
Se ostenta el sol en el cenit fulgente,

O ya si el velo umbroso
Corre la augusta noche y al rendido
Mundo llama al reposo,
Y el escuadrón lucido
De estrellas lleva el ánimo embebido;

Ensálzalo, y le entona

Humilde en feudo el cántico agradable
Que su bondad pregona:
Su ley santa inefable
Con faz obedeciendo inalterable.

¡O vida! ¡o sazonado
Fruto de la virtud! ¡de la del cielo
Remedo acá empezado!
¡Quando el hombre en el suelo
Podrá seguirte con derecho vuelo!

¡Quando será que dexé
El suspirar, temer y el congojoso
Mandar, o que se aleje
Del oro a su reposo,
Muy más letal que el áspid ponzoñoso!

Entonces tornaría
Al lagrimoso suelo la sagrada
Alma paz, y sería
Tan fácil, Delio, hallada,
Quan hora es ¡ay! en vano procurada.

ODA VI

Al sol

Salud, o sol glorioso,
Adorno de los cielos y hermosura,
Fecundo padre de la lumbre pura;
O rey, o Dios del día,
Salud: tu luminoso
Rápido carro guía
Por el inmenso cielo,
Hinchendo de tu gloria el baxo suelo.

Ya velado en vistosos
Albores alzas la divina frente,
Y las cándidas horas tu fulgente
Corte alegres componen;
Tus caballos fogosos
A correr se disponen
Por la rosada esfera
Su inmensurable sólita carrera.

Te sonrío la aurora
Y tus pasos precede, coronada
De luz, de grana y oro recamada.
Pliega su negro manto
La noche veladora;
Rompen en dulce canto
Las aves; quanto alienta
Saltando de placer tu pompa aumenta.

Todo, todo renace
Del fúnebre letargo en que envolvía
La inmensa creación la noche fría.
La fuente se deshiela,
Suelto el ganado pace,
Libre el insecto vuela,
Y el hombre se levanta
Extático a admirar belleza tanta:

Mientras tú derramando
Tus vivíficos fuegos, las riscosas
Montañas, las llanadas deliciosas,
Y el ancho mar sonante
Vas feliz colorando.
Ni es el cielo bastante
A tu cartera ardiente
De las puertas del alba hasta occidente.

Que en tu luz regalada
Mas que el rayo veloz todo lo inundas,
Y en alas de oro rápido circundas
El ámbito del suelo.
El África tostada,
Las regiones del hielo,
Y el indo celebrado
Son un punto en tu círculo dorado.

¡O! ¡qual vas! ¡quan gloriosa
Del cielo la alta cima enseñoas,
Lumbrera eterna, y con tu ardor recreas
Quanto vida y ser tiene!
Su ancho gremio amorosa
La tierra te previene:
Sus gérmenes fecundas,
Y en vivas flores súbito la inundas.

En la rauda corriente
Del océano en conjugales llamas
Los monstruos feos de su abismo inflamas.
Por la leona fiera
Arde el león rugiente;
Su pena lisonjera
Canta el ave, y sonando
El insecto a su amada va buscando.

¡O padre! ¡o rey eterno
De la naturaleza! a ti la rosa,
Gloria del campo, del favonio esposa
Debe aroma y colores,
Y su racimo tierno
La vid, y sus olores
Y almíbar tanta fruta,
Que en feudo el rico otoño te tributa.

Y a ti del caos umbrío
Debió el salir la tierra tan hermosa,
Y debió el agua su corriente undosa,
Y en luz resplandeciente
Brillar el ayre frío,
Quando naciste ardiente.
Del tiempo el primer día,
¡O de los astros gloria y alegría!

Que tú en profusa mano
Tus celestiales y fecundas llamas,
Fuente de vida, por do quier derramas,
Con que súbito el suelo,
El inmenso océano
Y el transparente cielo
Respiran: todo vive,
Y nuevos seres sin cesar recibe.

Próvido así reparas
De la insaciable muerte los horrores,
Las víctimas que lanzan sus furores
En la región sombría,
por ti a las luces claras
Tornan del almo día,
Y en sucesión segura
De la vida el raudal eterno dura.

Si mueves la flamante

Cabeza, ya en la nube el rayo ardiente
Se enciende, horror al alma delincuente:
El pavoroso trueno
Retumba horrisonante,
Y de congoja lleno
Tiembla el mundo vecina
Entre aguaceros su eternal ruina.

Y si en serena lumbre
Arder velado quieres, en reposo
Se aduerme el universo venturoso,
Y el suelo reflorece.
La inmensa muchedumbre
Ante ti desaparece
De astros en la alta esfera,
Donde arde solo tu inexhausta hoguera.

De ella la lumbre pura
Toma que al mundo plácida derrama
La luna, y Venus su brillante llama;
Mas tu beldad gloriosa
No retires: obscura
La luna alzar no osa
Su faz, y en hondo olvido
Cae Venus, qual si nunca hubiera sido.

Pero ya fatigado
En el mar precipitas de occidente
Tus flamígeras ruedas: ¡qual tu frente
Se corona de rosas!
¡Qué velo nacarado!
¡Qué ráfagas vistosas
De viva luz recaman
El tendido horizonte, el mar inflaman!

La vista embebecida
Puede mirar la desmayada lumbre
De tu inclinado disco: la ardua cumbre
De la opuesta montaña
La reflexa encendida,
Y en púrpura se baña;
Mientras la sombra obscura
Cubriendo cae del mundo la hermosura.

¡Qué magia! ¡qué ostentosas
Decoraciones! ¡qué agradados juegos

Hacen do quiera tus volubles fuegos!
El agua de ellos llena
Arde en llamas vistosas,
Y en su calma serena
Pinta ¡o pasmo! el instante
Do al polo opuesto te hundes centellante.

¡A Dios, inmensa fuente
De luz! ¡astro divino! ¡a Dios, hermoso
Rey de los cielos! ¡símbolo glorioso
Del Excelso! y si ruego
A ti alcanza ferviente,
Cantando tu almo fuego
Me halle la muerte impía
A un postrer rayo de tu alegre día.

ODA VII

La noche de invierno

¡O! ¡quan hórridos chocan
Los vientos! ¡o que silbos,
Que cielo y tierra turban
Con soplo embravecido!

Las nubes concitadas
Despiden largos ríos,
Y aumentan pavorosas
El miedo y el conflicto.

La luna en su albo trono
Con desmayado brillo
Preside a las tinieblas,
En medio de su giro;

Y las menores lumbres,
El resplandor perdido,
Se esconden a los ojos
Que observan sus caminos.

Del Tormes suena lejos
El desigual ruido,
Que forman las corrientes
Batiendo con los riscos.

¡O invierno! ¡o noche triste!
¡Quan grato a mi tranquilo
Pecho es tu horror! ¡tu estruendo
Quan plácido a mi oído!

Así en el alta roca
Cantando el pastorcillo,
Del mar alborotado,
Contempla los peligros.

Tu confusión medrosa
Me eleva hasta el divino
Ser, adorando humilde
Su inmenso poderío;

Y ante él absorto y ciego
Me anego en los abismos
De gloria, que circundan
Su solio en el empíreo.

Su solio desde donde
Señala los lucidos
Pasos al sol, y encierra
La mar en sus dominios.

¡O ser inmenso! ¡o causa
Primera! ¿dónde altivo
Con vuelo temerario
Me lleva mi delirio?

¡Señor! ¿quien sois? ¿quien puso
Sobre un eterno quicio
Con mano omnipotente
Los orbes de zafiro?

¿Quién dixo a las tinieblas:
Tened en señorío
La noche; y vistió al alba
De rosa el manto rico?

¿Quién suelta de los vientos
La furia, o llevar quiso
Las aguas en sus hombros
Del ayre al gran vacío?

¡O providencia! ¡o mano
Suave! ¡o Dios benigno!
¡O padre! ¡do no llegan
Tus ansias con tus hijos!

Yo veo en estas aguas
La mies del blondo estío,
De abril las gayas flores,
De octubre los racimos.

Yo veo de los seres
En número infinito
La vida y el sustento
En ellas escondido.

Yo veo... no sé como,
Dios bueno, los prodigios
De tu saber explique
Mi pecho enternecido.

Qual concha nacarada,
Que abierta al matutino
Albor, convierte en perlas
El cándido rocío;

La tierra el ancho gremio
Prestando al cristalino
Humor, con él fecunda
Sus gérmenes activos.

Y un día el hombre ingrato
Con dulce regocijo
Las gotas de estas aguas
Trocadas verá en trigo.

Verá el pastor que el prado
Da yerbas al aprisco,
Saltando en pos sus madres
Los sueltos corderillos

Y en las labradas vegas
Tenderse manso el río,
Los surcos fecundando
Con paso retorcido.

Los vientos en sus alas,

Qual ave que en el pico
El grano a sus polluelos
Alegre lleva al nido;

Tal pródidos extienden
A términos distintos
Las fértiles semillas
Con soplo repetido.

Las plantas fortifican
En recio torbellino,
Del ayre desterrando
Los hábitos nocivos,

Y en la cansada tierra
Renuevan el perdido
Vigor, porque tributo
Nos rinda más opimo.

¡O de Dios inefable
Bondad! ¡o altos designios,
Que inmensos bienes causan
Por medios no sabidos!

Do quiera que los ojos
Vuelvo, Señor, yo admiro
Tu mano derramando
Perenes beneficios.

¡Ay! siéntalos mi pecho
Por siempre; y embebido,
En ellos te tribute
Mi labio alegres himnos.

ODA VIII

El deseo de Gloria

(En los profesores de las Artes)

Don grande es la fama,
Íncrito premio de virtud, que al cielo
Encumbra envuelto en nube voladora
Desde el afán del circo polvoroso

Al atleta dichoso,

Que arrebató la oliva triunfadora;
O ya a la muerte, ardiendo en noble anhelo,
Entre el plomo tronante, entre la llama
Al ciudadano aclama,
Que impávido obedece a su mandado,
Por la brecha trepando con pie osado.

De agudas picas una selva espesa
A su pecho se opone;
Mientras en glorioso fin de la ardua empresa
Su heroyca diestra denodada pone
El vencedor pendón firme en el muro,
Y el fruto coge de su afán seguro.

Desde la popa hincharse
Ve el ínclito Colón la onda enemiga;
El trueno retumbar; la quilla incierta
Vagar llevada a la merced del viento;
La chusma sin aliento,
Y una honda sima hasta el abismo abierta:

¡Vil galardón a su inmortal fatiga!
Pero él en tanto escribe sin turbarse
La ínclita acción hallarse
Podrá un día, exclamando, tanpreciado
Depósito, y mi nombre celebrado
De la fama será. Quiso benigno
Darle la mano el cielo,
Y entre las ondas plácido camino
Abrirle fausto hasta el hispano suelo,
El hombre por su arrojo sin segundo
Goza doblado el ámbito del mundo.

La fama a tanto alienta:
Ella al alma feliz que en luces nace
Rica, del baxo vulgo la retira
Al templo do Sofía es adorada,
Y en su luz embriagada
Sus inmensos tesoros muda admira.

¡Qué vigilia! ¡qué afán le satisface!
¡O en qué invención su anhelo se contenta!
Todo lo ansía sedienta

A par que alcanza más: la noche, el día
Son breves a su ardor. Sólo ella guía
Del mando en el sendero peligroso
Al varón que eminente,
Mientras el vil ocio duerme perezoso,
Busca profundo y forma en su alta mente
Leyes que hagan el mundo afortunado,
Fruto de su vigilia y su cuidado.

Mas la gloria lo ordena,
La gloria de almas grandes alimento,
Que a la virtud divina confiada
Peligros y sudores desestima.
Esta llama que anima
El frágil mortal pecho, denodada
Todo lo emprende y tienta: ¿a su ardimiento
Que puede huir? La inmensidad terrena
El corazón no llena,
Que aun es su ámbito al hombre espacio breve,
Y en su mente sublime a más se atreve.
Ya el águila caudal suelto le mira
Partir su señorío,
Quando en los ayres se remonta y gira;
Baxa alígero el ayre a su albedrío;
Y el rauda Sena aun se paró asustado
De hispano enxuto pie viéndose hollado.

¡O de ingenio divino
Sumo poder! La mente creadora,
Émula del gran Ser que le dio vida,
Hasta las obras enmendar desea
De su alta excelsa idea.
Así en la llana tabla colorida,
Nuevos seres engendra y los mejora
De diestra mano el toque peregrino.

Así en feliz destino
El dibuxo halló Ardíces contornado,
El color Polignoto variado,
Las líneas otro, y otro los pinceles.
La sabia perspectiva
Los cuerpos ordenó, dexando a Apeles
La gracia celestial, nunca más viva
Que al admirarla Grecia compendiada
En su Coa Deidad, aun no acabada.

¿Al arte engañadora
Que entonces resistió? duda la mano
Sombras, palpando, si la vista, o ella
Es la burlada, y torna y se asegura.
Una inmensa llanura

Encierra espacio breve, y por corrella
La planta anhela con ardor liviano:
De Helena infiel la sombra me enamora,
Y aun tierno el pecho llora,
Dido infeliz, tu trance doloroso,
Viendo extático un lienzo mentiroso.

¡O mágico poder! el delicado
Botón, la hórrida nube,
La vaga luz, el verde variado,
El ave que volando al cielo sube
Solo unas líneas son, y al pensamiento
Qual la misma verdad llevan contento.

Ni los más escondidos
Movimientos del alma y sus pasiones
Pueden el reino huir de los pinceles.
Sorpréndelos el arte: indaga el pecho,
Y vélo un volcán hecho
De turbados deseos, que los fieles
Matices le trasladan. Las razones
Del Itacense escuchan los oídos,
Yelmo y pavés bruñidos,

Y el hasta del gran hijo de Peleo
Al Griego demandando. El genio veo,
El ateniense genio, vario, ayrado,
Feroz, fugaz, injusto,
Clemente, compasivo y elevado
A un tiempo todo(16); y al mirar me asusto
La faz de la impía Guerra, que indignada
Al carro brama de Alexandro atada.

Tanto el deseo alcanza
De fama eterna, si su llama prende
En un pecho mortal. Ella al divino
Apeles lleva a Rodas de sus lares
Por los tendidos mares;
Tiene años siete en un afán contino
De Ialiso al autor, el genio enciende

De Rafael, y el cetro le afianza,
Con eterna alabanza,

De la pintura en su *Tabor* pasmoso.
Vargas, Céspedes, Juanes el reposo
Pierden por ella el Lacio discurriendo;
Y tú, Mengs sobrehumano,
Tú, malogrado Mengs, en ella ardiendo
Los pinceles no sueltas de la mano:
Ve tus divinas tablas envidiosa
Natura, y tu alma grande aun no reposa.

Pero ¡o memoria aciaga!
Él muere, y en su tumba el genio helado
De la pintura yace. La hechicera
Gracia, la ideal belleza, la ingeniosa
Composición, la hermosa
Verdad del colorido, la ligera
Expresión, el dibuxo delicado...

¡Ah! ¿dónde triste mi memoria vaga?
Dexa que satisfaga,
Noble Academia, a mi dolor: de flores
Sembrad la losa fría: estos honores
Son al Pintor Filósofo debidos,
Al émulo de Apeles.
Y tú, insigne Carmona, repetidos
En el cobre nos da de sus pinceles
Los milagros; que ¡o quanta! ¡o quanta gloria
Guarda el tiempo a la suya y tu memoria!

Mas yo del mármol mudo,
Del mármol espirante arrebatado,
Do volverme no sé: por qualquier parte
Un Numen halla atónito el deseo.
Aquí extasiado veo
Que al mismo Amor amor infunde el arte;
Allí del fiero atleta
Huyo; y siento acullá que al golpe rudo
El gladiador forzado

Cae, agoniza y lanza por la herida
Envuelta en sangre la infelice vida.
Quiero ahuyentar el ave que arrebató
Al barragán troyano;
Por el dolor que a Niobe maltrata

Tierno se agita el corazón liviano,
Y en él qual cera cada bulto imprime
El mismo afecto que falaz exprime.

Émula y compañera
Del mágico pincel, tú en el grosero
Mármol con mano diestra vas buscando
La divina beldad que en sí tenía:
Tú a su materia fría
Dar sabes vida y movimiento blando,

Y haces eterno al ínclito guerrero.
Aun de Antonio al sucesor venera,
Presente Roma(23): aun fiera
La faz del Macedón reyna entallada.
Y tú en inmensas fábricas osada,

Con arcos y palacios suntuosos
También, o arquitectura,
Sabes eternizar; siempre famosos
Serán Delfos y el Faro: intacta dura
De Artemisa la fama, y de Palmira
La opulenta grandeza el mundo admira,

¡O corte suntuosa!
¡O muestra eterna del poder humano!
¡De la ínclita Zenobia augusta silla!
¿A quién estrago tanto no estremece?
¿Quién ¡ay! no se enternece
Al ver el templo inmenso, maravilla
Del arte, desolado, al verde llano
Igual ya la muralla portentosa,
La selva vasta hermosa

De columnas del tiempo destrozada,
Relieve tanto e inscripción hollada?
Entre escombros y mármoles los valles
Solitarios la mente
Finge azorada dilatadas calles;
Oye el ruido y voces de la gente,
Y a mil sombras gritar, ¡ay! ¡ay Palmira!
Y entre miedo y horror también suspira.

Pace triste el ganado
Los soberbios salones; son zarzales
Los pavimentos; do el poder morabas

La mísera indigencia habita ahora.
¿La mano asoladora
Del implacable tiempo, que no acaba?

Así del regio alcázar las señales
Irritan el dolor, y el destrozado
Obelisco sagrado,
Y el pórtico y excelsos capiteles,
Que a inmenso afán pulieron los cinceles.

Pero en tanta reliquia venerable
Escrita está la gloria
Del asiano esplendor siempre durable,
Y de Zenobia la ínclita memoria;
Y así, Oh Carlos, tu nombre esclarecido
Fábrica tanta librará de olvido.

O pío, feliz, justo,
O común padre, o triunfador, amigo
Y amparo de las Artes generoso,
Benigno Carlos, tu real largueza
Las sublimó a la alteza,
En que hoy las mira el español dichoso.

Desde tu excelso trono el blando abrigo
¡O! síguele indulgente, y dexa, Augusto,
Dexa acercar sin susto
A tus plantas mi Musa, y reverente
Ceñir de lauro tu sagrada frente.

Dexa a las Artes, al hispano anhelo
Gozar tu deseada
Forma en estatuas mil; da este consuelo
A tus hijos: tu corte decorada
Del domador de Nápoles se vea.
¡O! ¡alcánzelo mi ruego, y luego sea!

Y tú que con él partes
Los inmensos cuidados, embebido
En la común salud, también patrono
De las Musas, munifico Mecenas
Las congojosas penas
Depón del mando, y oficioso al trono
Sube el ferviente voto repetido,
Que hacen conmigo tus amigas Artes.

Tú que aquí les repartes
Mil dones liberal, también al lado
Del Tercer Carlos te verás copiado;
Ya en faz benigna y mano cariñosa
Dando a esta turba ardiente
De jóvenes la palma gloriosa;
Ya oyendo al artesano diligente;
O ya al triste colono el yugo grave
Legislador tornando más suave.

ODA IX

Prosperidad aparente de los malos

En medio de su gloria así decía
El pecador: En vano
Tender puede el Señor su débil mano
Sobre la suerte mía.

A las nubes mi frente se levanta
Y en el cielo se esconde.
¿Dónde está el justo? ¿las promesas donde
Del Dios que humilde canta?

Hiel es su pan, y miel es mi comida,
Y espinas son su lecho:
¿Con su inútil virtud que fruto ha hecho?
Insidiemos su vida.

A hierro por mis hijos sean taladas
Sus casas y heredades,
Y ellos tal ínclita fama a las edades
Lleven más apartadas.

Que el nombre de los buenos como nube
Se deshace en muriendo;
Sólo el del poderoso va creciendo,
Y a las estrellas sube:

Cayga, cayga en mis redes su simpleza
Él habló, yo pasaba;
Mas al tornar por verlo la cabeza,
Ya no hallé donde estaba.

Su gloria se deshizo, sus tesoros
Carbones se volvieron,
Sus hijos al abismo descendieron,
Sus risas fueron lloros.

La confusión y el pasmo en su alegría
Los pasos le tomaron,
Y entre los lazos mismos le enredaron
Que al bueno prevenía.

Del injusto opresor esta es la suerte
No brillará su fuego
Y andará entre tinieblas como ciego
Sin que camino acierte.

La muerte le amenaza, los disgustos
Le esperan en el lecho,
Contino un áspid le devora el pecho,
Contino vive en sustos.

Amanece, y la luz le da temores;
La noche en sombras crece,
Y a solas del averno le parece,
Sentir ya los horrores.

Dará, huyendo del fuego, en las espadas;
El Señor le hará la guerra,
Y caerán sus maldades a la tierra
Del cielo reveladas.

Porque del bien se apoderó inhumano
Del huérfano y viuda,
Le roerá las entrañas hambre aguda,
Y huirá el pan de su mano.

Su edad será marchita como el heno:
Su juventud florida
Caerá qual rosa del granizo herida
En medio el valle ameno.

Tal es, gran Dios, del pecador la suerte;
Pero al justo que fía
En tu promesa y por tu ley se gula,
Jamás llega la muerte.

Sus años correrán qual bullicioso

Arroyo en verde prado,
Y qual fresno a sus márgenes plantado
Se extenderá dichoso.

ODA X

El fanatismo

Trono indignado el cielo,
Y sus polos altísimos temblaron
Contra el ciego mortal, que en torpe rito
Mancillara en el suelo
La imagen soberana
De su autor infinito.
Al Dios del universo abandonaron
Sus hijos por la vana
Deidad, que impíos de su mano hicieran,
Y nuevos cultos crédulos le dieran.

Aquí acatar se vía
La piedra bruta, mientras allí abrasado
Entre los brazos del helado viejo
El infante gemía.
En el remoto Nilo
Con infame cortejo
Iba, y danzas y cánticos llevado
El feroz cocodrilo,
Y la casta matrona incienso daba
Al adulterio que su pecho odiaba.

Tronó el cielo en obscura
Noche y en tempestad hórrida y fiera,
Y a la tierra el sangriento Fanatismo
Lanzó en su desventura.
Las cadenas cruxieron
Del pavoroso abismo;
Tembló llorosa la verdad sincera;
Los justos se escondieron,
Triunfando en tanto en júbilo indecente
El fraude obscuro y la ambición ardiente.

El monstruo cae, y llama
Al Zelo y al Error sopla en su seno,
Y a ambos al punto en bárbaros furores

Su torpe aliento inflama.
La tierra ardiendo en ira
Se agita a sus clamores;
Iluso el hombre y de su peste lleno
Guerra y sangre respira;
Y envuelta en una nube tenebrosa,
O no habla la razón, o habla medrosa.

Y él va, y crece y se extiende
Del suelo en la ancha faz, los altos cielos
Su frente toca, la soberbia planta
Al abismo descende.
Con su cetro pesado
Los imperios quebranta:
De pálidos espectros, de rezelos
Y llamas rodeado,
El orbe qual un Dios ciego le implora,
Y sus leyes de sangre humilde adora,

Entonces fuera quando
Aquí a un iluso extático se vía
Vuelta la inmóvil faz al rubio oriente,
Su tardo Dios llamando;
En sangre allí teñido
Al bonzo penitente;
Sumido a aquel en una gruta umbría;
Y el rostro enfurecido
Señalar otro al vulgo fascinado
Lo futuro, en la trípode sentado.

Do quier un nuevo rito,
Y un presagio fatal que horrible llena
La tierra de mil pánicos terrores.
Confundido el delito
Con la virtud gloriosa;
Coronada de flores
La infeliz virgen que a morir condena
La cazadora Diosa;
Y en medio un pueblo que su zelo admira
La indiana alegre en la inflamada pira.

Así el monstruo batiendo
Las insolentes palmas, en su umbroso
Trono domina el orbe consternado;
Qual con fragor tremendo
Su hondo seno estremece

El Vesubio inflamado,
El cielo envuelto en humo pavoroso
Su alba faz obscurece,
Y cubre un ancho mar de ardiente lava
El rico suelo do Pompeya estaba.

De pañales sangrientos
Armó de sus ministros y lucientes
Hachas la diestra fiel: ellos clamaron
Y los pueblos atentos
A sus horribles voces
Corriendo van: temblaron
Los infelices reyes, impotentes
A sus furias atroces;
Y ¡ay! en nombre de Dios gimió la tierra
En odio infando, en execrable guerra.
Cada qual le ve ciego
En su delirio atroz: oír le parece
Su omnipotente voz, y armar su mano
Siente del crudo fuego
De su ira justiciera.
Del hermano el hermano,
Del hijo el padre víctima perece,
Y en la encendida hoguera
Lanza el esposo a la inocente esposa:
Ni un ¡ay! su alma feroz despedir osa.

¿Qué es esto, autor eterno
Del triste mundo? ¿tu sublime nombre
Que en él se ultraje a moderar no alcanzas?
¿Desdeñas el gobierno
Ya de sus criaturas?
¿Y a infelices venganzas,
Y sangre y muerte has destinado el hombre?
¿A tantas desventuras
Ningún término pones? ¿o el odioso
Monstruo por siempre triunfará orgulloso?

Vuelve, y a tu divina
Nuda verdad en su pureza ostenta
Al pavorido suelo: el azorado
Mortal su luz benigna
Goze y ledó respire:
No tiemble desmayado,
No tiemble, no, tu cólera sangrienta
Quando tu cielo mire

Dios del bien, vuelve, y al averno oscuro
Derroca omnipotente el monstruo impuro.

¡Ay! que toma la insana
Ambición su disfraz, y ardiente irrita
Sa rabia asoladora y sus furores.
¡La cuadrilla inhumana,
Qual vaga! ¡que encendido
El rostro, y que clamores!
¡Como a abrasar, a devastar se incita!
Y en tremendo ruido
Corre vibrando la sonante llama,
Y al Dios de paz en sus horrores llama.

Vedla, vedla regida
Del fiero Mahomet, qual un torrente
Que ondisonante la anchurosa tierra,
Devasta sumergida,
De la Arabia abrasada
Con la llorosa guerra
Precipitarse en el tranquilo oriente:
En la diestra la espada,
Y el alcorán en la siniestra alzando,
MUERE O CREE, frenética clamando.

De allí de luto llena
El África infeliz, y tu luz clara
En su ira ardiente ¡o España! ¡o patria mía!
A esclavitud condena.
El trono de oro hecho
Y rica pedrería,
Que opulenta Toledo un tiempo alzara,
Y polvo cae deshecho.
Alcázares, ciudades, templos, todo
Se hunde ¡o dolor! con el poder del godo.

El de Ismael domina
Del indo al mar cantábrico, y la mora
Llama en el ancho suelo arde ligera.
En medio la ruina
Del orbe amedrentado
La ominosa bandera
Se encumbra de la luna triunfadora;
Y ¡ay! en tigre mudado,
Ciego el califa en su sangriento zelo
Despuebla el mando por vengar el cielo.

De repente una obscura
Niebla inundó la tierra desolada,
Y el genio y las virtudes se apagaron:
Su divina hermosura
Las ciencias congojosas
Entre sombras lloraron,
A manos del error vilmente ajada;
Y de mil pavorosas
Supersticiones la conciencia llena,
Se dobló el hombre su infeliz cadena.

ODA XI

A la luna

Detén el presto vuelo
De tu brillante carro luminoso,
O luna celestial, dexa a un lloroso
Mortal que lastimado
Te contempla en el suelo,
En tu rostro nevado
Gozarte, y tu alba lumbre
Posada ver del cielo en la alta cumbre.

Déxame, o luna bella,
Que con ojos extáticos te mire,
Y a verte torne, y en mi mal respire.
Y mientras en pos la mente
Ya de tu excelsa huella,
Cante yo balbuciente
Tu magestad gloriosa,
Plácida reyna de la noche umbrosa,

Ella su pavonado
Fúnebre manto por la inmensa esfera
Volando en torno desplegó ligera,
Con rica bordadura
De luceros ornado;
Y en magestad oscura
Lanzando al rubio día,
Con negro cetro al mundo presidía.

Todo al caos pavoroso

Semejaba tornar, todo callaba:
Su movimiento rápido paraba
La gran naturaleza;
Con un velo nubloso
La divina belleza
Del orbe confundida,
Y entre el horror su inmensidad perdida:

Quando tú levantando
La frente clara por las altas cimas,
En tu trono de nácar te sublimas
Con marcha reposada;
Y el velo desgarrando
De la esfera estrellada,
Las tinieblas ahuyentas,
Y el baxo suelo a par plácida alientas.

¡O! ¡con quanta alegría
Se baña el cielo en tu esplendor sereno!
¡O! ¡qual renace el universo, lleno
De tu argentada llama,
Del duelo en que yacía!
¡Quan presta se derrama
Por el ancho horizonte,
Inunda el valle, y esclarece el monte!

En el vecino río
Que sesga ondisonante en la pradera,
Saltando entre sus ondas va ligera:
En centellantes fuegos
Entre el bosque sombrío,
Brilla y graciosos juegos,
Y la vista engañando
Se pierde al fin mil llamas reflexando.

Tú sigues coronada
De puros rayos la nevada frente;
Y con la undosa túnica esplendente
El ancho cielo llenas,
En torno acompañada
De las horas serenas
Y tanta estrella hermosa,
Que humilde acata tu deidad gloriosa.

Mas con la excelsa lumbre
Que el sol tu hermano de su trono de oro

Te presta grato, del fulgente coro
Las llamas obscureces;
Y sola en la alta cumbre
De los cielos pareces,
Do tu beldad divina,
Sobre la inmensa creación domina.

Así en vuelo incesante
Te arrastra en pos de sí la tierra oscura
Ya lleno el ancho disco de luz pura
Al sol roxo sucedes;
Ya qual línea radiante
Empiezas; ya precedes
Al alba, circundada
De soles que ornan tu beldad menguada.

Y siempre saludable
Al baxo mundo, en movimiento blando
Tus rayos van la atmósfera agitando;
Hasta el profundo seno
Del mar vasto insondable
Su ardor baxa, y él lleno
Se derrama en la arena,
Y luego vuelve y su correr enfrena.

Quanto las aguas claras,
Quanto la tierra pródiga sustenta,
Y el aura leve de vivientes cuenta,
Todo, luna, te adora.
Tú las selvas amparas,
Tú engalanas a Flora,
Y tú en grato rocío
Su blonda mies sazonas al estío.

¡O! ¿sin ti que sería
Del suelo en negras sombras sepultado
Las largas noches del invierno helado?
¿Y qué, quando el Can arde;
A un inflamado día
Muy más sigue la tarde;
El mundo desfallece,
Y la congoja abrasadora crece?

Mas llena de ternura
Tu deidad sale, y la tiniebla espesa,
O enero triste, de tus noches cesa,

Vese el hielo punzante
Entre la lumbre pura
Revolar centellante,
Y en calma venturosa
El orbe yerto de su horror reposa.

O si en voluptuosos
Rayos de sirio el triste desaliento
Calmar te place, bullicioso el viento
Te sigue, y de la tierra
Con soplos vagarosos
La congoja destierra,
Do el mortal alentado
Respira y goza, en tu fulgor bañado.

Entonces todo vive:
Tu luz, luna, tu luz clara y suave
Tornar en día las tinieblas sabe.
Entre la sombra obscura
El soto la recibe:
Goza de la verdura
La vista, y fugitiva
Se pierde en una inmensa perspectiva.

¡O del cielo señora!
Del Dios del día venturosa hermana!
¡De los brillantes astros soberana!
A ti en triste gemido,
En alta mar implora
El náufrago perdido,
Y a ti gozoso mira
El caminante, y por tu luz suspira.

El congojado pecho
Te adora humilde su aflicción te cuenta,
Y en muda soledad contigo alienta,
Quando con voz doliente
En lágrimas deshecho
Se lastima, y clemente
Para templar su duelo
Tus ruedas paras en el alto cielo.

En lecho de dolores
Por ti el enfermo desvelado clama,
Y el ferviente amador también te llama,
Ya en la inmensa ventura

De sus cielos favores,
Ya en su triste amargura
Si gime abandonado,
O arde su pecho en infeliz cuidado.

Y a todos oficiosa
Acorrer sabes y amaynar sus penas,
Y de esperanzas y dulzuras llenas
Los míseros mortales.
¡Consoladora Diosa!
¡Luna! calma mis males,
Y vuelve al alma mía
La paz, la blanda paz que antes tenía.

Horrísona tormenta
Brama: la envidia de su atroz veneno
Hiciera blanco mi inocente seno,
La calumnia me infama,
El poder me amedrenta,
Sopla el odio la llama,
Y en mi duelo profundo
Tú sola me oyes en el ancho mundo.

Sola tú... ¡mas que miro!
Una nube fatal salióte al paso,
Te envuelve en sus tinieblas, y al ocaso
Arrastra tu luz pura.
Cesa el brillante giro,
Cesa, y no tu hermosura
Así infamarse quiera;
Y tú, nube cruel, huye ligera.

Te hundiste ya, y perdida,
Entre su horror el orbe se obscurece,
Y el luto infausto y la tiniebla crece.
¡Ah beldad desgraciada!
También fugaz mi vida
Brilló, y fue sombra y nada.
Tú empero a rayar tornas,
Y de luz nueva el universo adornas.

XII

La visión de Amor

Por un florido prado
iba yo en compañía
de la zagala mía,
contento y descuidado.
El alma, suelta de pasiones graves,
con mi dulce rabel seguir curaba
ya el trino de las aves,
ya el be que a mis corderas escuchaba;
y así me deleitaba,
porque a un tierno muchacho le divierte
cualquier belleza que en natura advierte.
Vi que hacia mí venía
una doncella hermosa,
cual purpurante rosa,
que nunca visto había.
«La Musa», dijo, «soy de los amores.
No, zagalejo simple, te receles
cuando ves en suavísimos ardores
los hombres y aves, brutos y vergeles.
No cantes, no, cual sueles,
esa rusticidad de la natura,
que bien mayor mi numen te asegura.
Canta de tu zagala
la esplendente belleza,
su noble gentileza,
su enhiesto cuello y gala;
cántate de sus ojos hechizado;
y ciego en sus dulcísimos ardores,
haz que suene su nombre celebrado
por tu verso entre todos los pastores.
Coronado de flores,
sigue, tierno zagal, sigue a Cupido,
brazo con brazo a tu zagala asido.
En estos frescos valles
el ánimo se encanta;
corra feliz tu planta
sus tortuosas calles,
estancia amena de la Cipria diosa,
grata mansión de mil dríadas bellas,
do a alegre trisca incitan amorosas
en talle airoso cándidas doncellas.
Sigue, sigue sus huellas;
sigue, tierno zagal, sigue a Cupido,
brazo con brazo a tu zagala asido.
Mira allí prevenidas

entre parras espesas
cien opíparas mesas,
de cupidos servidas,
do los que inflama Amor van a sentarse.
Al Teyo mira, que el festín honrando,
ya empieza con los brindis a turbarse;
y entre lindas rapazas retozando,
te está dulce cantando:
Sigue, tierno zagal, sigue a Cupido,
brazo con brazo a tu zagala asido.
Corre, joven dichoso,
do el anciano te llama,
y con su copa inflama
tu pecho aún desdeñoso.
Ven, entra en los pensiles del Parnaso,
donde hallarás otros muchachos bellos,
cual Tibulo, Villegas, Garcilaso,
y alegre el niño Amor jugando entre ellos.
Ea, si quieres vellos,
sigue, tierno zagal, sigue a Cupido,
brazo con brazo a tu zagala asido.
Ve cuál las palomitas
se arrullan amorosas,
o susurrar gozosas
punzantes abejitas,
y allá, bajo una hiedra enmarañada,
gemir dos venturosos amadores,
la sien de mirto y rosa entrelazada,
y a Venus derramar sobre ellos flores.
Aquí, que es todo ardores,
sigue, tierno zagal, sigue a Cupido,
brazo con brazo a tu zagala asido».
Dijo Erato amorosa,
y en una vega amena,
de aves parleras llena,
dejonos cariñosa;
y yo y mi zagaleja nos entramos
en una gruta retirada, umbría,
y quién más pudo arder allí probamos,
y ella mi amor, y el suyo yo vencía.
Desde tan fausto día
sigo, siervo feliz, sigo a Cupido,
brazo con brazo a mi zagala asido.

XIII

Canción erótica pastoril

Cantaba yo en el prado
del mirto, en compañía
de la zagala mía,
bien libre y descuidado;
y el alma, exenta de pasiones graves,
al rabel tosco remedar curaba
ya el canto de las aves,
ya el be que a los corderos escuchaba,
porque a un tierno muchacho le divierte
cualquiera gracia que en natura advierte,
cuando una ninfa hermosa,
que nunca visto había,
vi que hacia mí venía,
más fresca que una rosa:
«La Musa», dijo, «soy de los amores;
no, zagalejo tierno, te receles,
cuando ves en dulcísimos ardores
los hombres y aves, brutos y vergeles;
no cantes de hoy, cual sueles,
esa rusticidad de la natura,
que mayor bien mi numen te asegura.
Canta de tu zagala
la espléndida hermosura,
su airosa compostura,
su talle, esmero y gala;
cántate de sus ojos cautivado
que abrasan con su luz mil corazones,
y que tu dulce amor será llevado
del Crucero Polar a los Triones;
y en tan dulces canciones,
sigue, tierno garzón, sigue a Cupido,
brazo con brazo a tu zagala asido.
Ven, ven por este prado
bañado con olores
de soberanas flores
que el alba ha rociado,
estancia amena de la Cipria diosa,
dulce mansión de las dríadas bellas,
do su pasión divierten amorosa
en blandos juegos cándidas doncellas.
Sigue sigue estas huellas;

sigue, tierno garzón, sigue a Cupido,
brazo con brazo a tu zagala asido.
Mira aquí prevenidas
entre parras espesas
mil opíparas mesas
de sátiros servidas,
y a los que al dulce Amor sirven, sentados,
y Anacreón, que honrando los banquetes,
hace a las zagalejas mil juguetes.
En tan gratos luquetes,
sigue, tierno garzón, sigue a Cupido,
brazo con brazo a tu zagala asido.
Ven, ven, zagal querido,
ven donde yo te llamo,
ceñido de aquel ramo
a pocos concedido;
ven y entra en las delicias del Parnaso,
do te aguardan muchachos asaz bellos,
cual Villegas, Cetina y Garcilaso,
y el niño Amor jugando en torno de ellos.
Ea, si quieres vellos,
sigue, tierno garzón, sigue a Cupido,
brazo con brazo a tu zagala asido.
Mira las palomitas
cuál bullen amorosas,
y susurran gozosas
punzantes abejitas;
mira, bajo una hiedra enmarañada,
cantar los inflamados amadores,
con unguentos su ropa rociada,
y a Cupido verter sobre ellos flores.
Aquí, que es todo amores,
sigue, tierno garzón, sigue a Cupido,
brazo con brazo a tu zagala asido».
Dijo Erato amorosa,
dejándome en la amena
estancia de amor llena
en calma gloriosa;
y yo y mi zagaleja nos sentamos
a la sombra de un mirto en un repecho,
y quién más pudo amar allí probamos
juntando el alma, el corazón, el pecho;
y en ternuras deshecho
gocé de las delicias de Cupido,
brazo con brazo a mi zagala asido.

XIV

A Filis, en el día de sus años

En las alas del céfiro llevada
por la rosada esfera,
baja, de flores mil la sien ornada,
la alegre Primavera;
y el mustio prado, que el helado invierno
anubló en luto triste,
al vital soplo del favonio tierno
de hierba y flor se viste.
Las aves en los árboles cantando
su venida celebran;
y el hielo los arroyos desatando,
entre guijas se quiebran.
Mas sale Fili en el glorioso día,
que años cumple dichosa;
sale, y más flores con su planta cría
que Primavera hermosa.
La venturosa tierra, que animada
con su beldad divina,
de tan no vista gala se ve ornada,
humilde se le inclina;
y de aromas y de ámbares cargando
del seno de las flores,
el viento los sentidos regalando,
le envía mil olores.
Las plantas a su vista reverdecen
y los arroyos saltan;
sus largas vegas en verdura crecen
y en su aljófara se esmaltan.
Las dulces y parlerasavecillas
le dan en voz sonora,
haciendo con los picos maravillas,
más cantos que a la aurora;
y uniendo de sus tonos no aprendidos
la música acordada,
le echan, dejando los calientes nidos,
otra nueva alborada.
«Salve», le dicen, «copia peregrina
de la beldad eterna;
salve, fragante rosa y clavellina;

salve, azucena tierna.
Salve, y al bajo mundo de tus dones
liberal enriquece.
¡Ay, qué lazo a los tristes corazones
ya tu hermosura ofrece!
Amor, el blando Amor desde tus ojos
su ardiente arpón dispara,
y mil tiernos cautivos por despojos
a tu planta prepara.
¡Qué inocente rubor si se alboroz,
qué si ornándose apura
ufana el arte y se contempla y goza
tu angélica hermosura!
¿Para qué bello joven venturoso,
alma Venus, preparas
la delicada rosa que amoroso
sacrifique en tus aras?
¿A quién, a quién benigna has acordado
tal premio? ¿O quién es digno
de ver tu pecho de su amor tocado,
pimpollo peregrino?
Que en vano el cielo tu beldad no cría;
y aunque el rostro colores,
tan áspero desdén será algún día
trocado en mil ardores».
Esto las avecillas van cantando
con delicado acento;
y un Viva Filis al Olimpo alzando,
se esparcen por el viento.

XV

Al Amor, confesándose rendido

¿Qué más quieres, Amor? Ya estoy rendido;
ya el pecho indócil, de tu arpón llagado,
humilde implora tu favor sagrado;
tu esclavo soy, si tu enemigo he sido
con furor obstinado.
Ves cuán alegre a tu señar desecho
las inútiles armas por seguirte.
¡Oh, qué demencia ha sido resistirte!
Ya lo conozco, ya; ves aquí el pecho
presto para servirte.

Dulce tirano, si agradarme quieres,
muy más crudo me hiere con tus flechas
y ponme en tus prisiones más estrechas,
¡ay!, con los grillos, grillos de placeres
que a los amantes echas.
Sólo a la ninfa de que te has valido
para rendirme con su vista hermosa
haz que me aliente en la prisión dichosa,
haz me regale el corazón herido
mirándome amorosa.

XVI

Diálogo - La reconciliación

LIDIA

Ingrato, cuando a hablarme
a mi choza de noche te llegabas,
¡cómo para ablandarme
al umbral te postrabas
y en encendido llanto lo regabas!

FILENO

Ingrata, cuando a verme
a la huerta del álamo salías,
¡cuál, ay, por encenderme
de rosas me ceñías
y mil extremos cariñosa hacías!

LIDIA

¿Pues qué, cuando sentado
a la sombra del álamo dijiste:
«Con tu hechicero agrado,
ay Lidia, me rendiste»,
y al yo querer huir me detuviste?

FILENO

¿Pues qué, cuando celosa,
tendido en el arroyo me topaste;
y al verme, cariñosa,
por detrás te acercaste
y en tus cándidos brazos me enredaste?

LIDIA

¿Y cuando tú, engañoso,
que te abriera la choza me pedías,
con tono doloroso
mil ruegos no me hacías,
y al fin con tus halagos me rendías?

FILENO

¿Y cuando tú enviabas
con Lálage a avisarme que allá fuera,
dime, no me rogabas
que hasta el alba estuviera,
tierna clamando al alba no saliera?

LIDIA

Calla, desconocido,
calla, que por Dorila me has dejado
y, en su querer perdido,
el voto has quebrantado
con que al tuyo mi pecho fue ayuntado.

FILENO

Calla, desconocida,
que por Lícida a mí me despediste
y, a Lícida rendida,
el voto no cumpliste
que debajo del álamo me hiciste.

LIDIA

Pues, ¡ay!, amado mío,

tus vanos celos calma; ven y entremos
por este bosque umbrío,
do quejas olvidemos
y a par alegres nuestro amor cantemos.

FILENO

Pues canta, mi pastora,
y aves y vientos párense a escucharte,
que el zagal que te adora
sabr a fiel agradarte
y en todas estas vegas nombre darte.

XVII

Filis rendida

Alado dios de Gnido,
benigno Amor, delicia y gloria m a,
ya el ánimo afligido
su ansia calm o, se inunda en alegría.
Ya celestial reposo
diste y eterno bien a mi deseo.
 Dulce Amor!  Qu  dichoso
es el estado en que por ti me veo!
De mi zagala hermosa,
de mi Fili, blandaste los rigores;
 ay!, oyome piadosa,
y pagó mi querer con mil favores.
Sus ojuelos divinos,
que mira con envidia el sol dorado,
me halagaron benignos.
 Oh, mirar vivo, ardiente, regalado!
Con su boca de perlas,
 qu  palabras tan tiernas me decía!
Loco corr  a cogerlas,
y del néctar bebé que ella vertía.
Su mejilla de rosa
a mis labios junt , goc o atrevido;
y era más olorosa
que todas las que dan Pafos y Gnido.
Después,  ay!,  qu n pudiera,
qu n bastara a decir la suerte m a!

¡Oh!, ¡tan eterna fuera
cual su inmortal memoria y mi alegría!
Con delicioso lazo
Amor por anegarme en sus placeres
me ató; y en su regazo
un beso, mil nos dio grata Citeres.
Las Gracias revolantes
en torno en sueltos coros nos cercaban,
y con himnos amantes,
«Ven, Himeneo, ven», dulces cantaban.
«¡Ay!, ven al venturoso
vínculo de constancia y hermosura;
ven al triunfo glorioso,
que el poder del Amor más asegura.
Ven, y al zagal que ahora
tan alto premio en su firmeza alcanza,
estrecha su pastora,
y su ardor asegura de mudanza.
Ven, que sólo a ti es dado
confirmar en la paz que han recibido
los que el nudo ha hermanado
de la alma Venus y el rapaz Cupido».

XVIII

En los días de Filis

¡Qué dulcísimo canto el aire llena!
¡Qué tono, qué armonía
embebecido el ánimo enajena
en tan alegre día!
¡Qué luz!, ¡qué fausta luz!, ¡qué pura llama,
en su carroza de oro
con mano liberal el sol derrama
de su inmenso tesoro!
Céfiro lleno de ámbares süaves
regala los sentidos,
y el trino y alborada de las aves
encantan los oídos.
Salta alegre la tierra y sus collados,
corona de verdura,
mientras los arroyuelos deslizados
quiebran su nieve pura,
y, cual sierpes de nácar, por los valles

con vistosos albores
forman mil giros y torcidas calles,
jugando con las flores.
Todo, inocente angélica belleza,
se debe a tu luz pura,
que a adornar basta la naturaleza
de no vista hermosura;
y a tu beldad y gracia peregrina
vuelve la primavera,
las flores vuelven, vuelve la divina
luz de la cuarta esfera.
De tus años el círculo dichoso
y el bien logrado día,
así cual sol asoma tras medroso
cerco de nube umbría
y esparce con su luz en lo criado
el gozo antes perdido,
y bala y regocíjase el ganado
y florece el ejido,
así vuelve la gala y la alegría
a la dichosa vega,
que con su curso de corriente fría
el claro Tormes riega.
Sus zagalejas, con festivas danzas
y coros concertados,
cantan de tu beldad las alabanzas
en mil himnos sagrados;
y los tiernos amantes pastorcillos
sus letras van siguiendo,
tocando los acordes caramillos,
conciertos mil haciendo.
«Feliz», cantan, «feliz tan almo día,
entre todos glorioso;
jamás lo desampare la alegría
ni luz de sol hermoso.
Como fausto por siempre venerado
quede de gente en gente,
pues lo has, beldad divina, consagrado
con tu primer oriente.
Angélica beldad, del alto cielo
por Dios acá enviada
para gozo y honor del triste suelo,
mientras allá seas tornada,
crece, luz soberana, en gracias crece
y en virtud te adelanta,
cual palma que en el valle alta florece

y al cielo se levanta.
Por ti goza la tierra venturosa
abundancia y verdura,
y cándida verdad y gloriosa
fe de inocencia pura.
Dichoso el que agradarte mereciere
y, en tu amor abrasado,
en lazada de rosa a ti viviere
para siempre añudado».
Así cantan los coros, por el suelo
esparciendo mil flores;
arde en más pura luz el almo cielo
y aplaude a tus loores.

XIX

Desdén injusto

(Imitando a Gracilazo)

Por la escabrosa vía
del olvido, señora, y la aspereza
camina el alma mía;
y en eterna tristeza
la aflige sin cesar vuestra crudeza.
Mil cosas va trazando;
ya para, torna y sigue su camino,
el aliento esforzando;
y ya, perdido el tino,
vuelve y lo baña en lágrimas contino.
¡Ay!, ¡qué de monstruos mira
por la horrorosa senda repartidos,
de nuestra injusta ira
entre el rigor nacidos
y con su humilde amor embravecidos!
Entre crudos furores,
a cada paso le amenazan muerte;
y crecen sus temores
cuando mezquina advierte
vuestro helado desdén, su esquiva suerte.
No sé cómo ha concierto
para seguir la senda engañadora,
ni cómo vive acierto;
sólo sé que os adora,

y aun feneciendo vuestro nombre implora.
Así, muy más segura,
a la muerte se entrega por amaros;
pero le es cosa dura
que no baste a apiadaros,
puesto que nunca alcance hasta obligaros.
Por Dios, señora mía,
que los ojos a mí tornéis piadosa,
que el Amor, ¡ay!, no os cría
tan linda y tan graciosa
para que vos seáis tan desdeñosa.
Muévaos a blandura
esta llaneza de alma con que os quiero,
esta mi fe tan pura
con que por vos me muero,
y nada más que amaros de ello espero;
y puesto que habéis dado,
con vuestro proceder de amor exento,
al ánimo angustiado
tan áspero tormento,
hoy benigna le dad dulce contento.

XX

Dulcísima señora

Dulcísima señora,
mis amores, mi bien y vida mía,
mi cielo, sol y aurora,
por quien espero un día
mi gloria celestial y mi alegría:
a este pecho afligido,
a este pecho do tú siempre has morado
y ahora te ha venido
sin culpa en desagrado,
vuelve tu bello rostro regalado.
Vuelve tu rostro bello,
tus ojos celestiales, y amorosa,
si puedes conocello
en hora tan penosa,
procura de aliviarle más piadosa.
Procura de aliviarle
en el crudo dolor que le rodea,
procura de alentarle,

y él más dichoso vea
en tu rostro la gloria que desea.
En tu rostro amoroso
mire ya retratada su esperanza;
¡ay, momento dichoso,
do al bien que al fin se alcanza
es aun dulce y sabrosa la tardanza!

XXI

Ay, Cloris

¡Ay, Cloris!, si mi llanto
y el suspirar del ánimo encendido
pudieran en ti tanto
que en mi dolor crecido
quisieras concederme atento oído,
y este crudo tormento
que el corazón me aqueja desdeñado
y el fiero mal que siento
te hubieran ya mudado
y esperara de ti ser escuchado,
también esperarí
que tú de tus rigores te ablandaras,
y que de la fe mía
piadosa te agradaras,
y que, cual yo te amo, al fin me amaras.
Porque ¿quién, ay, pudiera
mirarme en tantos males congojado
que no se enterneciera,
y me hubiera sacado,
pudiendo hacerlo, de tan mal estado?
Las fieras sanguinosas
hubieran ablandado su crudeza
y fueran más piadosas
que tú con tal belleza,
pues, viéndolo, no dejás la aspereza.

XXII

Ya siento, alado niño

Ya siento, alado niño, que me amparas;
fácil oído a mi lamento diste,
grato tus ojos hacia mí volviste,
y mil dulces placeres me preparas
para este pecho triste.
El dardo que al herirme me lanzaste,
del corazón le siento ya arrancado;
la llaga de mi pecho se ha cerrado;
los grillos y cadenas que me echaste
de flores se han tornado.
La bella ninfa que causó mis males
se siente herida y, de su ardor inquieta,
mis ruegos oye y mi querer aceta;
yo vi en su blando seno las señales
de la dulce saeta.
Pues sigue, ¡oh niño!, en tu favor piadoso;
sigue y ablanda mi Fenisa bella
y haz que yo pueda con mi voz vencella,
porque llegue en gozalla a ser dichoso
tanto como en querella.

XXIII

Ay, cómo el palomillo enamorado

¡Ay, cómo el palomillo enamorado,
del dulce ardor tocado,
corre tras su paloma
y en mil giros ufano la rodea!
¡Cómo para y asoma,
y en lascivos arrullos anhelante
la sigue susurrante!
Ya cesa embebecido,
ya empieza otro quejido,
ya vuelve a las caricias,
ya de amor le ofrece mil delicias
entre arrullos süaves.
Llámala, y porque tarda, en ansias graves,
furioso en torno de ella da mil vueltas,
y las brillantes plumas desenvueltas
del cuello luminoso y matizado,
las blandas alas sueltas,
los rutilantes ojos encendidos,
la arremete, de amor arrebatado,

con mil tiernos gemidos.
Mas la esquiva avecilla le resiste;
el ciego no desiste:
segunda vez pomposo la rodea,
la arrulla y con su arrullo la recrea;
desplegadas las alas acomete,
barre su cola el suelo,
da en rededor un vuelo,
la cabeza levanta, y se promete
rendirla con su ufana gentileza.
En esto ya ella empieza
a escuchar amorosa el blando ruego.
Él se queja y lamenta,
torna, vuela, la ronda, y más se alienta
con el lascivo fuego
de la amante paloma, que, rendida,
con garganta süave
ya le inflama y convida
por un quejido grave,
y no ya corre ni en volar se empeña
ni sus besos desdeña,
antes, ciega, le llama,
con un suspiro ardiente y regalado
por término del ansia que padece,
al feliz premio que el amor le ofrece.
Él corre desalado,
ardiendo en igual llama.
Sus blancas alas el contento agita,
su cuello se hincha, su pasión se irrita;
y sin más detenerse,
por los picos unidos,
alternando los besos y gemidos,
el tierno corazón quieren beberse,
gozando en mil caricias
los premios del amor y sus delicias.

XIV

Respuesta a la vida de Jovino por el zagal Batilo, con alguna noticia de la suya

La historia de Jovino
y el aurífero verso tan sonoro
que Anacreón divino
justamente envidiara canta agora,

humilde musa, si con plectro de oro
te favorece Apolo. Empresa tanta
no tu vuelo acobarde, que deudora
le eres de esos loores,
pues él en muy mayores
el nombre ilustre de Dalmiro canta;
el nombre de Dalmiro,
a quien tú debes que el ardor timbreo
en humilde retiro
te tocase benigno y la corriente
del diáfano Pamiso, con deseo
bebida. ¡Oh gran Jovino!, y tú no agora
me desdeñes cantando, mas consiente
que por mí sea llevado
con vuelo arrebatado
del crucero polar hasta la aurora;
y a mí Temis severa
también plugo mandarme con ley dura,
más feliz si pudiera
en el hondo del pecho aun ser tocado
del apolíneo ardor... ¡Ay, tal ventura
guardárase a ti solo!, y nunca ingrata
la diosa a tu querer, fuese acordado
cantar en digno empleo
a Delio y a Mireo,
con grandílocuo verso, que arrebatara
el ánimo; y no en vano
Minerva te llamó do el claro Henares
corre, en cabellos cano
(de la gran Maderit, que en raudo giro
plácido lame el sacro Manzanares
no lejos), y la diosa allí asentada
preside en alto solio. Del retiro
se huyó de esta ribera,
¡ay, cuán culta antes era!,
por cien bárbaras lenguas baldonada.
Por tanto a ti fue dado,
con cítara que envidia el tracio Orfeo,
el humilde cayado
y las gracias del Teyo y de Talía.
Melpómene al coturno sofocleo
te levantó después y al regio ornato.
¡Guay, pensábalo necio yo algún día!
Pero ya sólo amores
canto humilde entre flores,
y tiemblo del escénico aparato.

Mas no fue dado a todos
la máscara falaz o el siervo astuto,
ni el que con altos modos
ornasen la virtud o el escarmiento
de negras tocas y sangriento luto;
que supera la empresa los deseos.
Tú sí, cual la dircea al firmamento
ave audaz se levanta,
bastas a empresa tanta,
descendido de claros semideos:
de semideos claros,
do va el violento Pílas defendiendo
los que un tiempo reparos
fueron del moro audaz; pero, ¡oh memoria!,
no vayas tantas cosas recorriendo,
que exceden tu poder, y aun el de todos.
Y yo también, señor, ¡oh grande gloria,
aunque no en digna esfera!,
si en mí no degenera,
algo debo a la sangre de los godos.
Batilo me llamaron;
de Balto, grande nombre; y deliciosas
las ninfas me criaron
do el ancho Guadiana sonoro
se despeña hacia el mar con espumosas
ondas; y a Maderit fuera llevado.
En la pueril edad osé amoroso
cantar allí a Filena;
después, ¡oh grande pena!,
vine a este suelo tosco, ¡ay!, desterrado.
Feliz la hermosura
que, en lampo de belleza irresistible
cuanto tuvo natura,
con tu amor, ¡gran Jovino!, le fue dado.
Ni la madre de Lino vio asequible
tal prez, ni Calíope tan subido
cantar oyó jamás cuando el dorado
plectro Febo trinaba
y a Olimpo la ensalzaba,
de su belleza y de su amor perdido.
Del Hidaspe niseo,
tu nombre en raudos vuelos a la Sonora
intacta llevar veo,
Enarda, y tu valor, ¡oh gran ventura!,
y al lucífero reino de la aurora,
merced al verso aonio y al divino

saber que cautivó tu hermosura;
pero, ¡oh!, en belleza rara
no ocupes siempre avara
el sonoro cantar del gran Jovino;
mas da a su numen sacro
responder al humilde que me inflama.
No ofende al simulacro
quien, no siempre quemando odor sabeo,
le adora humilde; y si en sonante llama
arde su corazón, ¡oh excelsa gloria!,
¿qué más podrá bastar a tu deseo?
Deja, deja entre tanto
al gran varón que canto
responder del amigo a la memoria.
Descenderá del cielo
la sagrada amistad en carro de oro,
¡oh celestial consuelo!,
y uníranos las palmas con divino
vínculo; de virtudes largo coro
henchirá nuestros pechos, y en Mireo
y en Batilo, y en Delio con Jovino,
veranse ahora en su templo,
con nuevo y digno ejemplo,
Cástor y Pólux, Piritóo y Teseo.

XXV

A los dichosísimos días de doña María Andrea de Coca

¡Ay!, si mi humilde lira
volviera el dulce y melodioso acento
que mi pecho le inspira,
o mi amor alcanzara
que desde su celeste y alto asiento.
Erato me ayudara
y me diera su aliento sonoro,
¡cuál cantara de un día tan glorioso!;
de un tan glorioso día,
de blanda paz y de delicias lleno,
colmado de alegría,
de luz y de reposo,
do el sol ha aparecido más sereno
y el campo más hermoso,
y ninfas y zagalas y pastores

van y vienen cantando mil amores.
Mil amores cantando
van y vienen aprisa, do parece
que en una choza entrando
ven una ninfa bella
y de nuevo su aliento se enardece
bailando en torno de ella,
y con el canto, el coro y la armonía,
crece el placer y se renueva el día.
El día se renueva,
y otra luz y otro sol del horizonte
salir de nuevo prueba,
y Febo en carro de oro
por el valle derrama y por el monte
supreciado tesoro,
alegando con rayo soberano
el hombre, el ave, el bruto, el monte, el llano.
El llano, el monte, el bruto
y todo lo criado se renueva,
ofreciendo tributo
a la ninfa divina
por quien luz tanta y tanta paz se prueba,
y la más peregrina
zagala, en regocijos tan extraños,
canta el día glorioso de sus años;
de sus años gloriosos
que el misterioso círculo renuevan,
mientras, en amorosos
cánticos regalados,
zagalas y pastores hoy se prueban,
y todos acordados
repiten a una voz: «¡Filena viva!»,
y Eco los oye y le responde: «¡Viva!»
Eco «¡Viva!» responde,
«y gocemos su gracia y hermosura»;
el coro corresponde,
un nuevo ¡Viva! alzando,
y Eco lo vuelve con mayor dulzura;
y así en acento blando
de ninfas, de zagalas y pastores,
todo el valle resuena en sus loores.
Todo el valle resuena,
y las pintadas aves con sus trinos
le dan la enhorabuena,
cantando de mil modos
su discreción y méritos divinos;

pero no pueden todos,
que, aunque a sus lenguas mil y mil juntaran,
nunca pudieran, aunque más cantaran.
Nunca cantar pudieran
la gracia de su rostro y hermosura,
ni, aunque mucho dijeran,
pintaran de sus ojos
el gracioso mirar o la ternura
que en continuos despojos
deja, con su esplendor, en dulce calma
cautivo el corazón, rendida el alma;
el corazón cautivo
del humilde zagal que la enamora
y oye el tono festivo
de las parleras aves,
su voz juntando a la canción sonora;
y en acentos süaves,
«¡Viva mil y mil años!» todos cantan,
y el ¡viva! al cielo con ardor levantan.
Levantán hasta el cielo
la voz y el tono, y la citérea diosa
lo escucha con desvelo
desde las altas sillas,
do al punto baja, con razón celosa,
viendo las maravillas
del gran día que tanto se señala,
y al cielo hermoso en resplandor lo iguala.
Le iguala al cielo hermoso;
mas mirando a la ninfa y su hermosura,
con júbilo amoroso
la majestad depone
y la abraza y la besa, y con ternura,
de mil rosas le pone
una guirnalda en su rizado pelo,
y en el dorado carro torna al cielo.

XXVI

A Ciparis, en el día de sus años

Don grande es la alta fama;
y así como a la luna
oscurece del sol la ardiente llama,
así a par de Ciparis la fortuna

la hermosura abatió; mas si a quien ama
la Venus Dionea
donó lira sonora,
oh musa, ora la emplea
en cantar de este día. La alma aurora
de nieve y oro el yermo cielo dora,
merced al verso aonio y al concento
de docta poesía
cuando Apolo cantando calma el viento,
quedando a la dulcísima armonía
de la divina lira y sacro acento
la natura admirada;
ni pudo ser cantado
por cítara dorada
otro objeto mayor que el que ha tocado
a humilde musa por favor sagrado.
Suben al alto Olimpo los olores
de cínamo panqueo
y amáraco fragante y otras flores;
mas cumple, dulce musa, alto deseo
y olvida un poco a Amor y tus dolores.
Canta de este gran día
a Eurídice la bella
dulcísima armonía
dictó el intonso dios, y a la doncella
mudada en lauro por huir su huella.
Cual deidad iba en nácar erictea
de la espuma engendrada
que blandamente el aura la menea,
tal hoy Ciparis sale acompañada
del coro que cantando la rodea
de las Gracias y amores;
el invierno aterido
huye al verla, y mil flores
da el campo, y por do arrastra su vestido
vese de rosas mil enriquecido.
¿Qué es, pues, la hermosura si adornada
de honestidad no brilla?
Cual palma que a las nubes elevada
con su pompa los árboles humilla,
mi señora a la bóveda estrellada
se ensalza gloriosa;
desde el humilde suelo
la garza generosa
bate las alas, y con raudo vuelo
la tierra olvida, remontada al cielo.

Ni de mayor virtud enriquecida
hubo jamás doncella;
si habla, de entre sus labios desparcida
corre la miel; las Gracias, tras la huella
de su planta veloz van de corrida,
y no tanta hermosura
el iris refulgente
muestra, tras nube oscura
por las doradas puertas del oriente,
como su undosa túnica esplendente.
Natura este gran día está admirada
y en él se está placiendo.
¿Qué es del invierno triste? Aun más templada
que en mayo el aura dulce va bullendo;
seguid pues, oh avecillas; sea loada
de vos mi alta señora.
Tú, Venus, oye pía,
y el templo olvida ahora
de Gnido, y del Olimpo la ambrosía:
tu vista solemnice este gran día.
De los años el curso arrebatado,
que tanto la hermosura
desaliña y ofende, tú has burlado.
Así del sacro Líbano en la altura
crece el eterno cedro al cielo alzado;
el tiempo te enriquece,
y el cielo tu alma vida
guarda, y grato te ofrece
don de belleza y juventud florida,
y luego a sus mansiones te convida.
Si a humano ser los dioses largamente
de sus dones colmaron
sobre mortal poder, ¡oh, cuán fulgente
sobre todos, señora, te elevaron!
Mas ¿quién podrá cantarte, si en oriente
el sol impera solo?
Empero, si inspirada
mi voz fuese de Apolo,
tú serás algún día al cielo alzada
y en digno verso lírico cantada.

XXVII

Llorad, llorad, mis ojos

Llorad, llorad, mis ojos;
llorad, mis ojos, de sufrir cansados
tantas ansias y enojos,
y corred desatados
en arroyos de lágrimas turbados.
Corred, y mis mejillas
de llanto bañen dos amargos ríos;
no márgenes ni orillas
ya sufráis, ojos míos,
¡ay!, pues ya no lo sufren sus desvíos.
¡Diera naturaleza,
oh, diera nuevas aguas que llorase!
¡Diérame tal terneza
que fieras amansase
y pechos más que fieras ablandase!
Llorara yo contino
la mísera cogida y ningún fruto
de mi querer mezquino.
Nunca se viera enjuto
mi rostro, y nunca el corazón sin luto.
Porque, ¿quién podrá tanto
que baste a moderar dolor tan fiero?
¿Cesaré en mi quebranto
cuando vivir no espero,
y aunque pueda vivir, vivir no quiero?
¿Qué me sirve la vida,
la vida a los felices tan amable,
si mi dulce homicida,
oh caso miserable,
de su lado me aparta inexorable?
Ni lágrimas, ni ruegos,
ni este mi amor la mueve tan rendido;
los ojos tengo ciegos,
suspiro enternecido,
suspiro y lloro, mas sin ser oído.
¡Oh, si mirar pudiera
mi corazón en tanta desventura!
Entonces conociera
mi ardor y mi ternura,
que hoy tiene por engaño áspera y dura.
¿Yo pudiera engañarla?
¿Yo fingirle un amor que en mí no había?
¿Y por qué?, ¿por burlarla?
Al cielo temería,
y los rayos que Dios del cielo envía.

Plegue a mi fe, señora,
si mi lengua te miente en cuanto digo,
que nunca desde ahora
yo torne a ser tu amigo,
y del cielo y los hombres sea enemigo.
Yo te miré, y rendido
prosigo en adorarte; por ti muero
y, nunca arrepentido
de mi querer primero,
cuanto más me atormentas, más te quiero.
Pero tú al mismo paso
sigues en desdeñarme esquiva y dura
y de mí no haces caso,
de mí ni mi ternura,
ofendiendo al Amor y a tu hermosura.
¿Y aquesto me quedaba,
di, por descanso de mis largos males?
¿Este premio aguardaba
a mis ansias mortales
después de mil tormentos infernales?
¿Después de un año entero
de suspiros, de lágrimas y quejas,
así con desdén fiero
de tu vista me alejas,
y burlas de mi amor, y así me dejas?
¿No bastaba a acabarme
tanta persecución como he sufrido?
¿Ni aquel fin lamentable
siempre de mí sentido,
ay, siempre, pero no cual es debido,
sino que tú, señora,
afiles el cuchillo por tu parte
y me hieras ahora,
como si el adorarte
con tan sencilla fe fuera agraviarte?
Muda, muda de intento,
y merezca yo verte más piadosa;
el crudo mal que siento,
en calma deliciosa
se trocará y en vida venturosa.
¡Ay!, cumple mi esperanza,
pues ella de tan lejos me ha traído,
cúmplela sin tardanza;
si no, yo soy perdido
por mi amor, por mi engaño y por tu olvido.
Por ti vine, señora,

del Tormes a la orilla, y mi ganado
por ti no guardo ahora;
por ti dejé otro prado
do fuera mi rabel bien escuchado.
Mas nunca aquí viniera,
si a penar he venido solamente.
Muriera en mi ribera,
o allá en Eresma ausente
do enturbiara mi llanto su corriente.
Allí yo lamentara
contino tu desdén y tus rigores,
y cual cisne acabara
cantando mis dolores,
y sepultado fuera entre las flores;
mas aquí desvalido,
llorando moriré tanta crudeza;
nunca mi fin sentido
será, ni tu aspereza
lamentará mi amor y mi firmeza.
¿Qué quieres, di, que haga
para amansar tu enojo y conmoverté?
Tus rigores agrava
más y más, que aun la muerte
me es dulce, como logre merecerte.
¡Ay!, ¿qué he de hacer, cuitado?
¿Qué más me queda? ¿Rogaré rendido?
¿Iré con mi ganado
al Eresma?, ¿o perdido,
buscaré mi remedio en el olvido?
¿Pero qué he dicho, loco?
¿Yo irme? ¿Yo no verte? ¿Yo olvidarte?
Mi bien, aún sufro poco,
aún no debo alcanzarte:
yo prometo servirte hasta obligarte.

XXVIII

Cuando te peinas, Lálages divina

Cuando te peinas, Lálages divina,
cuando desatas la dorada trenza
dándola al viento que ligero vuela,
lleno de flores,

de tu cabello la dorada lumbre
tanto resalta con la luz opuesta,
tanto me brilla, que la vista hiere,
ciego me deja.

Luego se enciende con amante llama
todo mi pecho, del amor tocado,
cual en verano trigo que se prende
y arde sonando.

Lágrimas tristes lloro por si puedo
(¡flaco remedio!) con el agua darle
corte a las llamas; pero doy al viento
miseros ayes.

Y así creciendo con el aura débil,
luego voraces más y más me cercan;
ya me consumen, a tu vista caigo:
¡tenme, mi vida!

XXIX

Ay, enemiga mía, engañadora

¡Ay, enemiga mía, engañadora,
sorda siempre y cruel a mis amores!,
¿así quieres dejar a quien te adora
y olvidas mi cariño y mis dolores,
que me dejas por otro? ¡Ay, vil traidora!,
¿que un otro ha de gozarte y tus favores;
un otro, indigno, sí, de merecerte?
¡Mas yo primero me daré la muerte!
Primero, ¡ay sí!, primero que mirarte
entre los brazos de ese mi enemigo,
yo mismo he de matarme por vengarte;
yo te descargaré de un tal amigo,
enojoso y culpado por amarte.
Al Amor de tal voto hago testigo,
y de que riegue de la boda el día
tus pies indignos con la sangre mía.
¿En qué te ofendí yo, ni en qué mi pecho
fue jamás contra el tuyo, ni pudiera?
¿No nos unió el Amor con lazo estrecho?
¡Y tú le rompes ya de esta manera!

Tu mano a mí me toca de derecho;
mas si quieres, ingrata, que yo muera,
dale, enemiga, dale a ese tirano
el premio indigno de tu indigna mano.
Tiempo fue que juzgaste el primero
este mi tierno amor ora enojoso.
¡Ay, tiempo, cual la sombra pasajero,
qué de cosas me muestras! El glorioso
tiempo de mi querer, en dolor fiero
trocole torbellino impetuoso;
trocole torbellino, y mi homicida,
en muerte trocará mi triste vida.
Este solo remedio me ha quedado
y este solo remedio ha de salvarme,
pues más vale acabar desesperado
que poco a poco en penas acabarme.
Tú, si mi amor te debe algún cuidado,
acuérdate, enemiga, de llorarme;
y éste es para olvidar mejor remedio
que un otro nuevo amor o tierra en medio.

XXX

Y que tú, mi señora

¡Y que tú, mi señora,
mi gloria y mi regalo, me has oído,
y mi amor, desde ahora
en lazo firme unido
al tuyo, triunfará del negro olvido!

Tal premio me esperaba,
tal palma y galardón tan venturoso.
Amor bien lo ordenaba,
que a estado tan glorioso
debió ser el camino trabajoso.

Por bien sufrido llevo
cuanto por ti he penado y por quererte;
ya aquel desdén apruebo
que un tiempo fue tan fuerte,
pues digno soy por él de merecerte.

¡Que yo te he merecido

y tu divino amor en mí se emplea!
¡Que soy de ti querido!
¡Ay, esta dicha sea
eterna, mi señora, y te posea!

Que yo seré en amarte
tan eterno, mi bien, que a Amor asombre,
y haré que con cantarte
tengas claro renombre
y se adore en el mundo tu alto nombre.

XXXI

En una ausencia

De aquí, do desterrado
los enemigos hados me han traído,
Anfriso, un desdichado
salud te da rendido:
¡ay!, la salud te da que de él ha huido.

No porque en tan ardiente
suelo (así lo tembló tu fiel ternura)
mi cuerpo esté doliente
(en fortuna tan dura
esto faltaba a mi cruel ventura);

mas el necio cuidado
en que peno revuelto noche y día
mi contento ha nublado,
y a par con mi alegría
va mi salud en la desdicha mía.

Mi rostro amarillea
y su carmín los labios han perdido;
mi frente bermejea
por el sol encendido;
de mis ojos la luz se ha obscurecido.

Mis áridas mejillas
bañadas van en encendido llanto
que inunda sus orillas,
y mi voz causa espanto
a quien no alcanza mi mortal quebranto.

Anfriso, si me vieras
en desventura tal, ¿cuál quedarías?
No, ya no conocieras
al que en más claros días
gloria y prez de la aldea ser decías,

cuando a las zagalejas
a bailar convidabas, y a tu lado
yo con mil blandas quejas
desperté su cuidado,
siendo, ¡oh dolor!, de alguna bien premiado.

Mas ora en todo tiene
un tósigo memoria: mi tristeza
con nada se entretiene,
y a par que mi terneza,
crece mi mal con bárbara fiereza.

Si al campo con la aurora
salgo en mis largas velas a alentarme,
el aljófara que llora
viene triste a acordarme
que en lágrimas también debo emplearme.

Así a más largo lloro
suelto la rienda; y fácil me parece,
cuando tierno la imploro,
que en llanto el alba crece
y apiadada conmigo se entristece.

Luego no dulce canto
suena de pajarillos, mas ruido
y horrísono quebranto:
el cuervo da un graznido,
y el búho torna un lúgubre chillido.

Pavoroso y temblando
vuelvo a mi casa y a mi amarga pena,
mil suspiros lanzando
contra quien me condena,
y de ti, amada choza, me enajena.

Pues luego a la comida
no hay decirte, ¡oh dolor!, cuánto padezco:
la más apetecida,

más torvo la aborrezco;
si a gustarla me fuerzan, me enternezco.

Sus plácidos rocíos,
huyendo el sueño con infausto vuelo,
niega a los ojos míos;
así, o contino velo,
o en amargo sopor mísero anhelo.

Que en duelo y confusiones
salen del hondo Averno a congojarme
cien hórridas visiones;
y yo, por apartarme
de ellas, triste batallo en desvelarme.

Aun las Musas huido
han, del mísero pecho lastimadas;
y hanse, ¡ay de mí!, acogido,
o a sus gratas moradas,
o a do más blandamente sean tratadas.

En vano ya procuro
dulce cantar con mi doliente avena;
discorda mal seguro
el labio, y en tal pena
mi infausto numen su afición no enfrena;

que en el mal en que vivo
me entretienen los versos numerosos,
cual cantando el cautivo
cien tonos dolorosos
blando alivia sus hados congojosos.

Yo así compongo versos
en el mísero trance en que me veo,
ni limados ni tersos,
mas que dan al deseo
breve descanso en deleitoso empleo.

Logro engañar las horas;
y al nacer, coronadas de mil flores,
me topan las auroras
de inocentes pastores
llorando penas y loando amores.

Y así el León fogoso,

que llamas vibra de su boca ardiente,
no me es tan enojoso,
mientras yo dulcemente
las ansias canto que mi pecho siente.

XXXII

*Al señor don Gaspar de Jovellanos, oidor de la Real Audiencia de Sevilla y nombrado
Alcalde de Corte*

Mis ruegos encendidos
bendijo el santo cielo,
que ya en alzar tu mérito tardaba,
y benignos oídos
dio al incesante anhelo
con que la amistad santa le imploraba.

La España se quejaba
de ver, ¡oh gran Jovino!,
que sólo el Beti undoso
gozase tan precioso
tesoro, y conmovida con benino
celo, así iba rogando,
las manos, congojosa, en alto alzando:

«¿Cuándo será que pueda
tu nombre esclarecido
gloria dar a Madrid y sus doseles,
y en la sublime rueda
te mire yo ingerido,
aunque más tú por no subirla anheles?

Fortuna, si es que sueles
a la virtud, tan rara
ya entre el linaje humano,
prestar tal vez la mano,
de tus más ricos dones me prepara,
porque hoy el mundo vea
premiado el hijo de la santa Astrea.

Y la Sabiduría
con el crinado Febo
lleven también la gloria que ganaron;
darles quiero un buen día,

pues tanto en ti les debo,
que ellos tu docto pecho alimentaron,
mi amado, y lo colmaron
del celestial tesoro
de su divina lumbre
sobre humana costumbre».

Así clamaba España en tierno lloro;
su ruego fue admitido,
y tú a Madrid, señor, restituido.
Y las ninfas hermosas
que moran las corrientes
del real Manzanares, conmovidas,

sus alcobas umbrosas
dejan y alegres fuentes,
de perlas, nácar y coral ceñidas,
apenas son oídas
nuevas tan deseadas;
el viejo Manzanares
ofrece en sus altares
a Neptuno mil víctimas sagradas,
esperando que un día
tu voz suspenda su corriente fría.

Mientras, por otro lado,
Betis el caudaloso,
escondido en sus lóbregas alcobas,
en su urna reclinado,
dolorido y lloroso
el cerco rompe de sus verdes ovas,
pues tú, oh Henares, le robas
del malhadado suelo
su blasón más subido;
y acuérdase afligido
el tiempo alegre en que benigno el cielo
le pasó de tu orilla
a darle leyes en su gran Sevilla.

Mas la sonora Fama,
el raudo vuelo alzando
por la región diáfana del viento,
la nueva alegre aclama,
tu nombre dilatando
con clara voz y regalado acento;
y con sus lenguas ciento

cantando, así empezara
con dulce melodía:

«Ya vino aquel gran día
que tanto al suelo hispano deseara
mi amor, y unidos veo
Apolo y Temis en tan alto empleo.

Eterna primavera
vuelve en él, y el dorado
siglo lleno de bienes celestiales.
Tú, ¡oh miserable!, espera,
que ya eres amparado,
y a cesar van, ¡oh huérfano!, tus males.

Llegad a sus umbrales,
llegad, ¡oh desvalidos!;
veréis el tierno pecho,
de blanda cera hecho,
romper a vuestra vista en mil gemidos;
mas vosotros, malvados,
huid sus ojos celosos y enojados.

La paz y la justicia
con la equidad sagrada
jamás fueron en lazo tan estrecho
juntas; ya la malicia
su reino desampara,
y vuelve a la inocencia su derecho;

el cielo satisfecho
con venturoso hado
bendice tus acciones,
colmado de sus dones
la tierra miserable, y mal tu grado,
pues a alzar te empezara,
asiento en lo más alto te prepara.

Los dioses inmortales,
luego, de sus tesoros
te colman otra vez con larga mano:
Apolo, celestiales
palabras y sonoros
números, y Minerva un sobrehumano
candor te da y el cano
don de recto consejo

y discreta prudencia;
poder Jove y clemencia;
Mercurio, habilidad en el manejo;
y a su rueda importuna,
benigna pone un clavo la Fortuna».

Esta visión gloriosa
a mis ojos gozosos
en un sueño mostró la Amistad santa;
las aves su armoniosa
voz soltaron; vistosos
coros formaron con alegre planta
las ninfas; y entre tanta
maravilla, en el cielo
corrió un fulgor divino,
el agüero aprobando.

Yo desperté, y alzando
las manos, dije entonces: «¡Oh gran Jovino!
Mírete yo algún día
regir la vasta hispana monarquía».

XXXIII

Al Excmo. señor don Eugenio Llaguno y Amírola, mi amigo, en su promoción al Supremo Consejo de Estado

Ya de tus glorias pródiga, la Fama
celebra, Elpino, los honores sumos
con que propicio te decora el César
méritamente.

Ella publica que alargarte quiso
la justa mano, y en el alto templo
do del estado la prudencia augusta
es acatada,

por tu hondo seso pródigo asentarte
entre los Padres de la Patria, sacros
órganos suyos. ¡Oh gloriosa suerte,
nueva felice!

Cuanto anhelaba mi cariño sale
cierto, ni en vano lo predije, amigo;

verte aún mis ojos en la cumbre aguardan,
cabe la silla

del que modera en poderoso cetro
la hesperia gente y a su planta puestos
dos hemisferios con alegre rostro
ve reverentes.

Diote Minerva su saber divino,
íntegra fe tu generosa sangre,
y un pecho el cielo que lo recto y bueno
siempre adorara.

Con dotes tales, ¿qué recelas? Entra,
entra, y de Carlos al clemente oído
clame tu voz; el miserable aliente,
tiemble el inicuo.

¡Oh, qué de bienes a la tierra llegan!
Toda florece: el enemigo fraude
huye, sus impías odiosas artes
pávidas huyen.

La airada frente al arador no asusta
del poderoso, el zagalejo canta
libre y seguro por el hondo valle
himnos alegres.

El siglo antiguo de Saturno torna,
la virgen vuelve y la inocencia santa,
toda virtud apresurada corre
tras de tu huella.

Fausto, disfruta las excelsas honras,
y Hesperia sienta tu gobierno dulce;
mas de las Musas, que en el Tormes eran
tan acatadas

y ora llorasas y abatidas yacen,
¡ay, no te olvides!; su favor benigno
así los cielos por eternos años
nunca te nieguen.

Al sabio Elpino, en los nuevos honores de Jovino

La dulce nueva de las altas honras
que de Jovino a la virtud son premio
y obra feliz de tu amistad constante,
siempre officiosa,
¡oh!, ¡cuál mi pecho en esperanza enciende!,
¡cómo lo inunda de placer divino!;
y en su embeleso, Elpino, te tributa
mil parabienes
por el amigo, que en olvido injusto
hasta aquí viera su virtud sumida,
y a la calumnia con agudo diente
osada herirle.
Mientras, afanoso en el común provecho
él se desvela, y a la Patria ofrece,
¡ejemplo raro!, de su celo ardiente
frutos opimos.
Mas tú de Temis en tu mano llevas
la igual balanza, los debidos días
sabes al premio, y en tu noble pecho
vive el amigo.
Vive, y alegre el galardón recibe
que le guardabas pródigo; gozosa
la Patria ríe; la calumnia infame
huye bramando.

XXXV

A la guerra

Horrendo monstruo, destructor impío,
tú, que aniquilas la humanidad toda,
¿no compadeces el fatal destino
de los mortales?
De los mortales, digo, que gimiendo
están debajo las cadenas duras
del cautiverio cruel que les impone
tu tiranía.
¿Cuándo tu imperio sobre el universo
se verá aniquilado para siempre,
dejando a todos libres del espanto?
¿Cuándo, seguido

de la discordia e implacables furias,
te veremos volver precipitado
a tu palacio, allá en lo más profundo
del hondo Averno?

Entonces, no las temerosas madres
turbadas correrán por las campiñas,
ni con su llanto bañarán al hijo
que en su regazo
de miedo esconde el macilento rostro
y se deshace en lágrimas tan sólo
por imitar de su afligida madre
el sentimiento.

Ni se verá un anciano que, temblando
del enemigo a la cuchilla fiera,
aunque sin fuerzas, deja presuroso
su hogar desierto;
y en el camino, de su amado nieto,
que con su vida defendió su patria,
resbala el triste en la reciente sangre
y muere al punto.

Ni el retumbante estruendo de las bombas
resonará en los cóncavos peñascos,
de confusión llenando el universo,
de estrago y ruina.

La roja Ceres reinará en los campos,
la paz alegre traerá en su seno
flores y frutos con que olvidaremos
tantas desgracias.

Tú, que gobiernas todo lo criado
con leyes justas, sabias, permanentes,
haz que amanezca tan dichoso día,
Dios soberano.

XXXVI

Al rey

No en el cansado anhelo
del mandar imperioso,
el oro insomne, ni el laurel glorioso
se cifra el bien en el lloroso suelo;
sólo es pura, inefable,
superior a la suerte,
a envidia vil y congojosa muerte,

la dicha de aliviar al miserable,
sus lágrimas limpiando
con diestra cariñosa,
con ojos de bondad, con voz graciosa,
vida en su seno a la esperanza dando;
que una sola mirada,
una palabra amiga
vuelve el aliento, y el dolor mitiga
a un alma en crudas penas abismada.
Vos gozáis de esta dicha,
vos, señor, cuando humano
tendéis al triste la oficiosa mano,
padre común en la común desdicha.
Os clama condolido
el huérfano indigente,
y rey y padre y tutelar, clemente
le escucháis, le acogéis enternecido,
fiel en la humilde tierra
de aquel Señor traslado,
que allá en su gloria, sin cesar buscado,
jamás su oído a nuestras ansias cierra.
En el fuego divino
que arde sólo en el seno
de piedad blanda, de indulgencia lleno,
arder os vi, y os emulé el destino.
Mis ojos se arrasaron
en lluvia deliciosa,
latiome el pecho en inquietud sabrosa,
y a vos más gratos vínculos me ataron;
vínculos de ternura,
que en dulce simpatía,
de delicias colmando el alma mía,
la hacen abrirse a su genial dulzura.
Seguid, oh bien querido
del cielo, a manos llenas
sembrando bienes, redimiendo penas;
y nunca un día, oh Tito, habréis perdido.
Ved que el poder fenece,
que, sombra transitoria,
se huyen fausto, esplendor, grandezas, gloria,
y eterna sólo la virtud florece.
De aplauso y bendiciones
os colmará este suelo;
seréis de reyes ínclito modelo,
y generosa envidia a las naciones.

XXXVII

España a su rey don José Napoleón I, en su feliz vuelta de Francia

Hic dies vere mihi festus atras eximet curas.
–Horacio, Lib. , Oda .

La excelsa umbrosa cumbre del Pirene
doblaba ya con planta presurosa
el buen rey, que del lado
del grande hermano, cuya gloria tiene
atónita a la Europa y respetosa,
vuelve a su pueblo amado,
de mil guerreros fuertes rodeado.
En vivas repetidos
un pueblo inmenso sin cesar le aclama,
que en su amparo le llama
y hoy de su amor los votos ve cumplidos.
Él, con su rostro de bondad que afable
feliz contento y confianza inspira,
grato los aceptaba;
cual tierno padre que a sus hijos mira,
su amor les muestra en su sonrisa amable,
y el placer que gozaba,
al verse amado el júbilo doblaba.
Sublima aplauso tanto
voluble el eco al estrellado asiento,
de la Patria contento,
del pérfido bretón miedo y espanto,
cuando, improviso, en forma sobrehumana,
regio boato y majestad sublime,
si aspecto dolorido,
se ofreció ante sus ojos soberana
matrona augusta que su acción reprime,
lacerado el tendido
manto, de mil castillos guarnecido,
apagados del lloro
sus ojos y anublaba la alta frente,
ajando un león rugiente
sus ricas fimbrias recamadas de oro.
Alza la diestra en ademán grandioso,
y un cetro de oro y perlas firme extiende.
Con aire de señora

«Tente», le dice, «oh rey; no presuroso
me huelles, y mi voz plácido atiende.
Tu España soy, que hasta ahora
en suerte incierta sus destinos llora.
Ya dilato el fiel seno
a la dulce esperanza; mi ventura
disfrutaré segura,
y un grato porvenir de gloria lleno.
¡Ay, cuánto, cuánto de zozobra y susto,
cuánto cuidado punzador sufriera
hasta este claro día!
¡Cuánto he temblado que el hermano agosto
y su brillante corte entretuviera
tu vuelta y mi alegría!
Fausto, el cielo ha escuchado la voz mía.
Llega, estrecha, hijo amado,
entre mis brazos nuestro eterno nudo.
Sé a mi flaqueza escudo,
y conhorta a este suelo desgraciado.
Dominé un tiempo, y con excelso vuelo
crucé desde la aurora hasta el ocaso.
Mis ínclitos pendones
llevé y mi nombre al contrapuesto suelo,
de un nuevo mundo a Europa abriendo el paso.
Respeto mis leones
fueron y miedo a indómitas naciones;
y con saber profundo
mis hijos a los cielos se encumbraron,
o leyes me dictaron
que Temis celebró y admiró el mundo.
No fui por tanto más feliz: llevarme
de estéril gloria a peregrinas gentes
me dejé, do sin fruto
vi la espada y la muerte devorarme.
El error, con mil formas diferentes,
cubrió de negro luto
la luz de mi saber; un vil tributo
a cien fantasmas vanos
ofrecí ilusa, que aun mirar no osaba;
y de señora esclava,
labré mis grillos con mis propias manos.
Hoy atizando el fanatismo impío
su antorcha funeral mi seno enciende.
Mis hijos, fascinados,
corren a hundirse en el sepulcro umbrío;
de su madre el gemir ninguno atiende.

Mis campos asolados,
en sangre ajena y propia veo inundados;
la pestilente llama
crece, y la rabia que a morir condena;
Guerra el leopardo suena,
Guerra, y los pueblos su bramido inflama.
Ven, hijo, amparo y esperanza mía;
corre a salvar los lacerados restos
de mi antigua grandeza.
Ven, que a ti solo el cielo los confía;
y en ti, como en un dios, los ojos puestos,
ya calmo en mi tristeza
de mis inmensos males la aspereza.
Tú, con potente mano,
próvido apoya mi vejez ruinosa;
mi juventud hermosa
por ti me torne, y mi verdor lozano.
¡Ay, cuánto por lidiar! ¡Cuánta fatiga!
¡Qué de cuidados y de amargas velas!
¡Cuánto escollo ominoso
vas a afrontar, y con nefaria liga
el bien contrastarán que heroico anhelas!
El combate glorioso
con esfuerzo acomete generoso,
que en ti los ojos tiene
fijos la Europa, y silenciosa espera
que fausto en la carrera
el premio alcances que a tu sien previene.
¿Y cómo no, cuando el excelso hermano,
que a par rige la espada y caduceo,
es tu escudo potente,
y el remedio a tu esfuerzo soberano
libró del mal en que acabar me veo?
Ya brilla en tu alta frente
de mi bien y mi gloria el ansia ardiente.
Tiende la vista afable,
tiéndela en torno, y a mis pueblos mira
en su sangrienta ira
y en su delirio indómito y culpable.
Ellos son hoy lo que por siempre han sido,
del áspero trabajo llevadores,
arrostrando la muerte
sin una queja, un mísero gemido,
de inviolable lealtad con sus señores,
de pecho osado y fuerte,
jamás domable en ominosa suerte,

por llano, fiel y honrado,
claro siempre del mundo en la memoria.
¡Ay, cuánto tanta gloria,
virtud tanta, su brillo han mancillado!
Que arda viva en los pechos españoles
por ti otra vez, pues a regirlos vienes
con cetro justo y pío.
Al hondo abismo do los ves lanzoles
un ciego pundonor; de alzarlos tienes
tú el dulce poderío:
Ve en cada alucinado un hijo mío.
Halágalos humano,
rasga al error su tenebroso velo,
y en obsequioso anhelo,
rendidos, fieles, besarán tu mano.
Bien lo vieras, oh rey, cuando la orilla
del ancho Betis, del Genil famoso,
victorioso pisaste.
¿Qué cultos no te dio mi gran Sevilla
con pura fe, con celo generoso?
¿Qué pecho no encantaste
cuando a la rica Málaga llegaste?
¿Qué mi real Granada
no te ostentó de amor? ¿Qué aclamaciones,
qué ardientes bendiciones
doquier no oíste en tu feliz pasada?
Fausto, has gozado del placer más puro,
de la gloria mayor que humano seno
llenó: la verdadera
de conquistar sin lágrimas; seguro
sigue esta senda y de esperanzas lleno.
La misma soy doquiera;
mi paciente Castilla fiel te espera.
Ya su bondad conoces;
ya aquí suenan sus júbilos festivos,
y entre himnos mil votivos,
de la gran corte las alegres voces.
Gózate afable en el común contento;
mas tiende a par la vista observadora,
y caerá tu alegría.
¡Cuál con mis ansias congojarte siento!
De mis campos la rabia asoladora
taló la lozanía.
La reja se forjó en espada impía.
Mis letras ve apagadas,
quemados mis talleres y desiertos,

y en mis seguros puertos,
mis fuertes naves del bretón robadas.
A ti, pródigo, el cielo a daño tanto
concede el ocurrir con afanosa
constancia y alta mente.
Ven, llega, enjuga mi apenado llanto;
rompe, arranca la flecha ponzoñosa
que tan profundamente
lleva enclavada el corazón doliente.
Mi paz en tu desvelo,
de tus sudores mi abundancia fío;
mi gloria y poderío
obra serán de tu sublime celo.
Tú poblarás mis campos asolados,
que rompa el buey con la luciente reja,
labrando mi sustento;
triscando en tanto en los herbosos prados
la suelta cabra con la mansa oveja,
al colono avariento
reirá abundancia en plácido contento;
y el genio nueva vida
dará a la industria, el vuelo desplegando,
al trabajo alentando
la edad caduca a la niñez florida,
mientras las ciencias con afán glorioso
sublimes corren por la inmensa esfera,
las distancias midiendo
del helado Saturno al Can fogoso
y del flamante sol la eterna hoguera,
o en blanda paz rigiendo
mis hijos van, al suelo descendiendo;
mis hijos, que rendidos
adorarán la diestra protectora
que bien tanto atesora,
en gratitud y en júbilo perdidos.
Mas hoy te piden, con ardiente ruego,
al joven que la guerra ha devorado
la madre dolorida;
la niñez, guarda; la vejez, sosiego;
la honesta virgen, a su amor robado;
el huérfano, acogida;
la religión, el ara destruida.
Por doquiera triunfante
se alza el genio del mal, si tú no corres
y a todos nos socorres,
en tanta tempestad iris radiante.

Helos, helos, si no, los ojos fijos
y alzados hasta ti, las manos yertas
extenderte llorando,
desfalleciendo en males tan prolijos,
dudar, temer, ansiar, siempre en inciertas
borrascas zozobrando,
de ti solo su término esperando,
cual un dios implorarte,
buscar su vida en tu benigna frente,
y en su esperanza ardiente
rey, padre, amigo, salvador llamarte.
¡Qué perspectiva tan grandiosa y bella
de una gloria sin fin! Las santas leyes,
letras, instituciones,
creador te esperan; tu sublime huella
sea por doquier modelo a grandes reyes,
y envidia a las naciones.
Con el águila unidos los leones
en eterna lazada,
dormida en paz descansará la tierra,
bramando la impía guerra
entre hórridas cadenas aherrojada.
Así será, hijo amado, y yo lo veo
hasta un remoto porvenir; tú tiende
por el inmenso océano
la vista en tanto a más sublime empleo,
y a todo en tu hondo seno igual atiende.
El indio más lejano
es de mis hijos venturoso hermano,
como padre le llama;
sol benéfico, ahuyenta sus errores,
y verasle de flores
ornar la madre a quien respeta y ama.
Mas, ¡ay!, no emules la funesta gloria
del indómito Marte, ni así al templo
de la Fama camina.
Lleve unida a sus pasos la victoria
el grande hermano, de héroes claro ejemplo.
Tú en paz feliz domina,
y, justo, al cielo en mi ventura inclina,
que él tu seno indulgente,
sencillo, humano, y bondadoso hiciera
porque a los siglos fuera
dechado ilustre tu mandar clemente.
¡Florezca años sin fin el suelo mío
bajo tal mando, y de tu estirpe clara

mil reyes tras ti vea!
Mi ruego el cielo favorezca pío;
y deme luego a la princesa cara
que un iris nuevo sea,
pues su virtud al mundo orna y recrea;
démela, y las hermosas
prendas de un mutuo amor: goce este día,
gócelo el ansia mía,
que ya son nuestras joyas tan preciosas.
Y tú ven, llega, corre». Así clamaba
la triste España; y a los pies lanzarse
tentó en su angustia dura
de José, que en sus brazos la elevaba
y en su seno otra vez tornó a estrecharse,
y suyo ser le jura
y para ella vivir. Tanta ventura
en júbilo su duelo
convierte, y pasa el rey, su fausto mando
un lucero afirmando
que brilló hermoso en el alegre cielo.

XXXVIII

En los dichosos días del Excmo. señor don Miguel José de Azanza, mi amigo

Salud, paz, libertad, dulce alegría
y placer y ocio blando,
para ti al cielo, en tu dichoso día,
voy, amigo, rogando.
Mientras él al mundo el círculo lumbroso
renueva de tu oriente,
cual el sol lleno de esplendor glorioso
alza la excelsa frente;
y a su benigna, centellante llama,
pliega su negro velo
la noche, el éter líquido se inflama,
y arde y se goza el suelo.
Así es tu día, Azanza, así es el día
en que, de su alta esfera,
Dios al hombre de bien al mundo envía
a empezar su carrera:
día de gozo a la virtud amable,
de esperanza al caído,
y al vicio, hasta en el Tártaro espantable,

de duelo y de gemido.
Dure, pues, dure la feliz memoria
de tu oriente sereno;
oh amigo, dure, y gózalo de gloria
y de fortunas lleno.
Sobre tu frente, sin tocarla, vuela
plácido el tiempo alado;
su verdor grato la vejez no hiele,
ni la oprima cuidado.
Y Amor tal vez, Amor... En la amargura
de nuestros breves días,
sin su dulce ilusión, ¿qué es la ventura?,
¿qué son las alegrías?